

Año 1946



TEMPLO
Y
RESIDENCIA
DEL
SAGRADO
CORAZÓN
DE
JESÚS
EN
GIJÓN

(ASTURIAS)

A los bienhechores
de la
Compañía de Jesús
en
Asturias.

IMPRIMI, POSTEST:

Raimundus Calvo, S. J.

Praep. Prov., Legionens.

IMPRIMATUR:

† *Josephus, Episcopus Santanderiensis.*

Santanderii, 6 junii 1946.

ANTICIPO DE GRATITUD

*A*quí tienes unos breves apuntes sobre el templo y la residencia de los hijos de S. Ignacio en Gijón. Esta villa, hace ahora sesenta y cuatro años, les abrió sus puertas para recibirlos con franca cordialidad, para retenerlos con cariñosa simpatía.

Aquellos operarios apostólicos emprendieron en seguida sus trabajos secundados por el éxito mientras recolectaban las primeras impresiones de la región que cien veces manifestarían de palabra y hoy conocemos porque también las comunicaron por la pluma al papel: les sorprendió la cortesía, hospitalidad y largueza con que eran recibidos y tratados; y el vigoroso potencial humano y sobrenatural del alma asturiana hizo germinar en ellos ilusiones de un magnífico porvenir.

Son las vivencias que inspira siempre esta región hidalga como sus títulos nobiliarios, opulenta como sus indianos, pródiga como sus minas, laboriosa como sus fábricas, abierta como el mar que baña sus costas, risueña como sus frescas campiñas, soñadora como sus altas montañas, española como la Reconquista y, a pesar de su leyenda, cristiana como la gruta del Auseva.

Las mismas dificultades que unos por malicia y otros por inconsciencia moralizaron y que durante cincuenta años no cesarán de interponerse en los caminos por donde los jesuitas quieren llevar las almas de los asturianos a Dios, muestran el terror que a los espíritus de las tinieblas infundía la concordia entre los hijos de la Compañía de Jesús y las almas selectas de Asturias en una idéntica fórmula de simpatía y esfuerzo espiritual.

De esta concordia y comunidad de esfuerzo fueron surgiendo en Gijón esas estructuras materiales y espirituales a la vez que se llaman Colegio de la Inmaculada, Casa social, Templo y Residencia del Sagrado Corazón, Fundación Revilla-gigedo, Apostolado social católico y Hogar de San José; magníficas eclosiones del alma de Asturias que los jesuitas hicieron brotar.

Al pie de cada una se presentan, como ángeles de guarda cuyo calor es vida, ilustres apellidos regionales, citados algunos en estos apuntes.

Pero nuestros bienhechores son muchos. Enumerarlos a todos, como sería grato, no es posible; unos son conocidos, los más anónimos. Desde los Excmos. señores Condes de Mieres y D. Gaspar Díaz Valdés-Hevia hasta la viejecita que echa sus céntimos, porque no tiene otra cosa, en la colecta para la reparación del templo ¿quién los podrá contar?

Otros aportan, como aportaron siempre sus informes, iniciativas y sugerencias a las Juntas y Consejos de nuestras congregaciones y su esfuerzo personal a nuestras escuelas, catecismos y centros sociales.

Y cuando se ofreció oportunidad la aportación llegó hasta el heroísmo de los que lo arriesgaron todo por ocultar en su casa a nuestros Padres y Hermanos durante la persecución.

Si nada teníamos al llegar a Gijón, es claro que cuanto tenemos se lo hemos de agradecer a Asturias y a los asturianos.

Por ellos dirigimos diariamente nuestras oraciones al Señor.

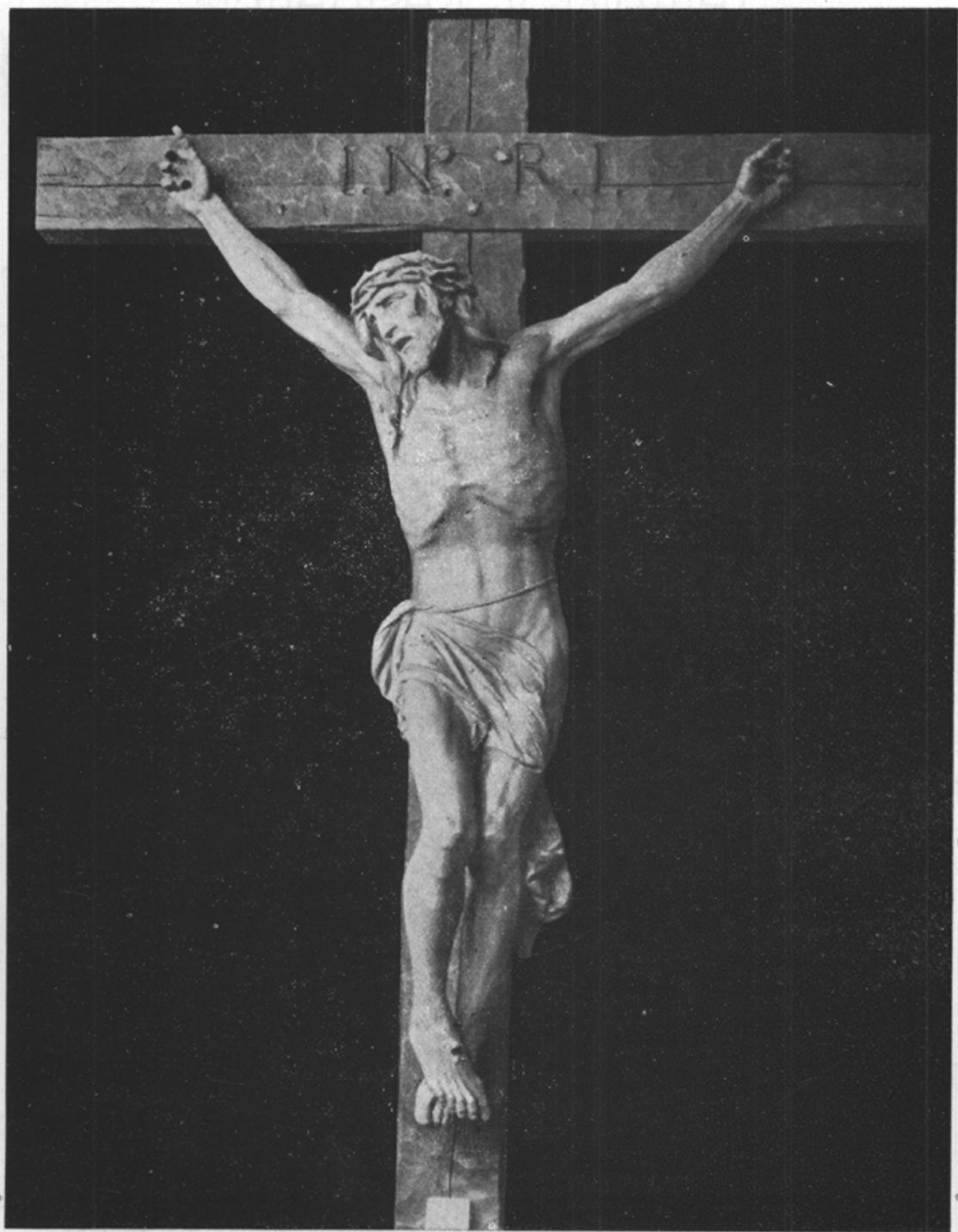
Y a ellos dedicamos en agradecimiento estas humildes líneas.

Debieron salir hace ahora algunos años para celebrar las bodas de plata de la Provincia de León, que nació en marzo de 1918. Pero como la Residencia, que se abrió también con retraso, nuestros deseos e ilusiones van siempre más allá de nuestras realidades.

Reiteramos las gracias a nuestros bienhechores y quisiéramos que cada una de las líneas de este folleto rezumara gratitud hacia ellos y simpatía hacia esta atractiva región.

En la festividad de la Ascensión del Señor y de San Fernando, Rey de España, aniversario de la solemne consagración del templo del Sagrado Corazón de Jesús, del año mil novecientos cuarenta y seis.

RICARDO VIEJO FELIÚ, S. J.



El Santo Cristo de la Paz, sorprendente escultura que se venera en el templo del Sagrado Corazón de Gijón.

Templo y Residencia del Sagrado Corazón de Jesús en Gijón.

Por Ricardo Viejo Feliú, S. J.

I. Una Residencia volante.

EL MARTIR Y EL ULTIMO SUPERVIVIENTE

ERA el día primero de julio de 1882. Procedente de Vigo llegaba a Gijón el P. Bonifacio López Doncel, Superior hasta entonces de aquella Residencia, recién extinguida, con el encargo de fundar una aquí para satisfacer los deseos de muchas personas que la pedían, entre ellas y con más vehemencia que nadie el Ilmo. Sr. Sanz y Forés, Obispo de Oviedo hasta abril del mismo 1882.

Antes de esta fecha habían sido llamados con alguna frecuencia los Jesuítas a la villa de Jovellanos para sus ministerios apostólicos, y desde la Cuaresma residía en ella el incansable misionero P. Francisco Obieta.

Pocos meses debió de estar aquí el P. López Doncel, pues a fines de aquel año, dirigida por el P. Valentín Ruiz de Velasco e integrada por los PP. Obieta y Zuazo con el Hermano Francisco Peña, aparece en marcha esta Residencia, la más trashumante, però no por eso la menos fecunda ni la menos gloriosa de la Provincia de León.

En la carretera de Villaviciosa, esquina a Cabrales primero, y al año siguiente en el núm. 26 de la calle llamada entonces de los Morales y hoy de San Bernardo, se instalan aquellos religiosos.

Los gijoneses inician en seguida la suscripción para construir un colegio. Oportunamente la herencia de un fervoroso sacerdote, D. Juan Menéndez Jove, viene a engrosarla, y el 3 de febrero de 1889 el Ilmo. Sr. Fr. Ramón Martínez Vigil, Obispo de Oviedo, en la escenografía ideal de la pequeña colina de Ceares, coloca la primera piedra de un edificio que por mucho tiempo se llamará colegio de la Inmaculada y hoy se llama también "el Simancas", desde que la Patria, al ver desplazados de allí a sus legítimos profesores, lo escogió para dar ella misma con intrépida maestría un curso muy breve, pero muy práctico de heroica reivindicación española.

En el primer catálogo del colegio aparece ya como profesor el P. Nemesio González, que en Gijón había de consumir casi toda su vida, y en el Gijón de 1936 iba como mártir a triunfar.

Y junto a él se asoma también allí el enjuto Hermano Pedro Eguíluz, que falleció en Salamanca el 31 de enero del presente año, insustituible maestro de obras en todas las que se fueron realizando desde aquellos tiempos tan remotos acá, última supervivencia de una generación que nos lo había dejado para que levantara con sus manos muros de ladrillo y a la vez edificara con su observancia eculta y laboriosa, sostenida a través de sesenta años de vida regular, el espíritu de sus hermanos en religión.

“NUESTRA VOCACIÓN ES PARA DISCURRIR”...

Las dificultades originadas por la situación del colegio, rodeado entonces de oscuros barrizales en una zona sin urbanizar y a distancia de la iglesia de las Madres Agustinas, donde los Jesuitas ejercitaban sus ministerios, hubo que resolverlas radicalmente y por eso en octubre de 1896, con el P. Santiago Garay a la cabeza, aquellos operarios salieron de allí para ocupar el segundo piso y la buhardilla de una casa en la calle del Convento.

Dos años después, a raíz de las pérdidas coloniales en Filipinas, los PP. Agustinos resolvieron establecerse en Gijón para atender a las religiosas de su Orden. El Ilmo. Sr. Obispo, Fr. Ramón Martínez Vigil, se adelantó a declarar que él de ningún modo quitaba la iglesia a los Jesuitas; pero éstos, ante intención tan justificada, espontáneamente la cedieron, y por mandato del P. Zameza, Provincial de Castilla, el P. Garay pasó a San Sebastián y los demás se disponían a reintegrarse de nuevo al colegio, cuando la familia Revilla-gigedo, vigilante siempre por los intereses de Gijón y devota de la Compañía de Jesús, les ofreció para sus ministerios una pequeña iglesia de su propiedad: la Colegiata, junto al muelle.

La Residencia reafirmó su autonomía, y con el P. Aróstegui, llegado a Gijón el 28 de diciembre de 1898, se estableció en un piso de la calle de la Merced, de donde pasó pronto a otro en la de la Trinidad. Y cuando el 10 de agosto de 1901 se inauguró la amplia y bella iglesia de San Lorenzo, invitados por el activo párroco D. Angel García Valdés, allá se fueron con sus ministerios los Padres, menos dos que se quedaron en la parroquia de San José y otros dos en la iglesia de Begoña.

“Nuestra vocación es para discurrir y hacer vida en cualquier parte del mundo”. Complacido se debió sentir San Ignacio al ver que sus hijos de Gijón, discuriendo de casa en casa y de templo en templo, cumplían tan al pie de la letra el precepto de su Fundador.

LOTERÍA, MEDALLAS Y EL FAJÍN DE JESUITA

Principios de siglo. Algunas personas adictas a la Compañía de Jesús, entre ellas D.^a Flora Avellanal y las hermanas D.^a Modesta y D.^a María Díaz palpan y sienten las dificultades y persecuciones que no dejan de sacudir a la siempre inestable Residencia. Hay que proporcionarle una casa definitiva y una iglesia.

Recurren primero a la lotería, juego que dejan como inútil, pues nunca les toca, para idear otro menos aleatorio y más piadoso. Se fijan en una casa que les parece muy adecuada. La rondan de noche

El antiguo chalet de la fundadora donde hoy se levanta el templo del Sagrado Corazón.



varios días rezando y al marcharse tiran al jardín medallas de San Ignacio y San Francisco Javier.

Casa y jardín, en la calle del Instituto, núm. 40 fueron ocupados por los Padres en 1901 y cedidos a ellos en 1903 por su dueña D.^a Ana María Díaz, que habitaba la finca contigua. El año 1904, muerta D.^a Ana, su hija D.^a Carmen Zulaibar añadía también la suya con sus jardines y aledaños para iglesia y Residencia.

Agradecidos por tan espléndida oferta, los Jesuitas no se atrevieron, sin embargo, a aceptarla: dudaban aún entre Oviedo y Gijón para su asiento definitivo. Además ¿quién echaba sobre sus hombros una obra así?

La primera dificultad la resolvió el Sr. Obispo que aconsejó la fundación en nuestra villa. Pero pasaron siete años entre vacilaciones y perplejidades. Fue necesario que llegara al colegio como Rector el P. Cesáreo Ibero, que después de estudiar el asunto se decidió a todo: a todo tenía que decidirse el que tratara entonces de levantar una casa y una iglesia en el sitio más céntrico de Gijón, y con pulso seguro firmó la escritura pública y aceptó la finca a mediados de 1910.

Septiembre de 1941. En nuestro templo construido y reconstruido, profanado y reconciliado, se celebra una sencilla fiesta de comunión general. Y la celebran las antiguas discípulas de D.^a María Díaz, que al volver la vista atrás cayeron en la cuenta de que la revolución había impedido conmemorar las bodas de oro de su maestra con la escuela. No importa: el retraso añadirá claridad y satisfacción. En medio de ellas está D.^a María con su porte sencillo y edificante, y colgado al cuello un crucifijo de oro que con esta ocasión le acaban de dedicar. Es la misma; sigue en pie y ayudando a la Compañía de Jesús en las escuelas del Centro, que tienen todos los años turrón por Navidades y premios al fin de curso, porque ella los pide de casa en casa, y ¿quién le va a negar algo a ella que nada tiene y nada quiere para sí?

Por la tarde hay velada en el salón Ideal. Habla Gerardo Requejo y el P. Lamamié de Clairac, Superior, regala a D.^a María, entre grandes aplausos, el fajín de jesuita. Desde entonces lo guarda, lo besa y lo usa con cariñoso afecto filial. Nunca en su humildad se había creído digna de tanto.

LA RESIDENCIA EN UN DESVAN

Al P. Aróstegui, muerto de improviso el último viernes de agosto de 1904 y acompañado hasta el cementerio por una impresionante muchedumbre de hombres y mujeres, sucede el P. Antonio la Rúa, que con los suyos tiene que trasladarse otra vez al colegio el 27 de septiembre de 1912, pues urge derrillar el viejo chalet sobre cuyo suelo se va a erigir el nuevo edificio.

Construida ya la casa, se inaugura el 10 de diciembre de 1915, pero subordinada como siempre al Rector del colegio hasta que el 23 de mayo de 1921 es nombrado Superior regular el P. Cesáreo Ibero.

Poco más de quince años habitaron los Jesuitas su Residencia, rodeada día y noche, después del incendio del templo, por grupos amenazadores. Al venir la República los restos de aquella comunidad ya medio dispersa volvieron al colegio, de donde los aventó a todos el decreto de 23 de enero de 1932 y los hizo posar en varias casas ofrecidas por nuestros bienhechores en las calles de Concepción Arrenal, Marqués de Casa Valdés, Covadonga, Adosinda y Numa Guilhou y en algunas villas y pueblos de la Provincia, donde ayudaron a los párrocos, como en Castropol, Luarca, Villapedre y Rozadas (Villaviciosa).

A principios de 1934 se reunieron en un piso de Cabrales, esquina a San Agustín, donde irrumpía a bocanadas el ruido de voces, consignas y aun tiros

marxistas, que sonaban por aquellas calles erizadas de puños cerrados sobre unas cabezas más cerradas todavía...; hasta que una noche de octubre faltaron dos: el P. Emilio Martínez y el H. Juan Arconada. Era en 1934. Y un día de julio los otros tuvieron que salir, algunos para no volver. Era en 1936.

En el desván del antiguo hospital de Gijón, hoy derruido, no entra más luz que la de una pequeña claraboya. Cuatro sombras vegetan, que ni a moverse se atreven en aquella pesada obscuridad: son el P. Superior de los Jesuítas y tres Hermanos. Y a eso se reduce ya la Residencia de Gijón.

Pasados unos días en las habitaciones del generosísimo capellán D. Saturnino Medio, el 25 de julio subieron al desván. A través de los baulés y bultos que tapan la entrada, una Religiosa introduce sigilosamente el pan del alma: reciben todos los días la Sagrada Comunión, y horas después el pan y el alimento material. El P. Benito Lozano, entretanto, anda por el Natahoyo hurtando el cuerpo como puede, y otros tres serán muy pronto apresados y ejecutados. Los demás estaban fuera de Asturias.

El 20 de julio, a las cinco de la mañana, las agudas vibraciones de todas las sirenas y pitos, de fábricas y barcos habían levantado en vilo a Gijón, y el día 22 el Hermano Pablo Rodríguez pudo ver desde su escondrijo del hospital al P. Nemesio González, llevado calle adelante por ocho mozzalbetes.

Pero aun el desván ofrece peligro y hay que salir. Después de aseados un tanto y mientras las Hermanas lloran y rezan en cruz, el 25 de agosto, cuando termina la visita de los enfermos y con los familiares de éstos, pasan frente al miliciano que guarda el dintel y se pierden por las calles de Gijón.

Al día siguiente registran los rojos el desván.



El P. Alfredo Martín, Superior, durante los años más difíciles.

“GRATIARUM ACTIO ET VOX LAUDIS”

Casa de D.^a Carmen Zuláybar, la fundadora de la Residencia. Los dos jesuítas que el 19 de julio se habían refugiado allí disfrutaban ya, por el martirio, vida mejor. De improviso llegan el H. Pablo Rodríguez y el H. Echevarría que no saben donde ir. Sin embargo, hay que marchar en seguida porque se teme un registro que efectivamente tiene lugar diez minutos después. Una cigarrera acompaña al H. Pablo a casa de D. José Pantiga, donde nada le faltará y vivirá rodeado de finas atenciones.

El H. Angel Echevarría se refugia en el domicilio de D.^a María Díaz, y el 10 de octubre es detenido.

El P. Superior y el H. Benigno Hernández salieron del hospital acompañados por D. José Iglesias, hombre curtido en decisión y valentía desde que se interpuso en el comité de Santullano para defender la causa del P. Martínez y del Hermano Arconada en octubre de 1934, y que ahora les acababa de buscar alojamiento. Era en el domicilio de los hermanos Suárez del Villar, a quienes nada les importó ni acortar su ración, ya escasa, para repartirla con otros, ni aumentar con la presencia de dos religiosos su angustia, ya en tensión por el riesgo de un padre ausente y de un hermano, mártires al fin.

Todo ello aviva nuestra gratitud a esta familia y a tantas otras que por nosotros aguantaron las mismas penalidades y corrieron los mismos peligros.

El P. Martín, convertido para aquellos hermanos en su "tío Juan", dijo misa allí repetidas veces con sólo las rúbricas imprescindibles; mas por temor a ser descubierto, en diciembre de 1936 pasó con el H. Benigno a otra casa contigua: la de D. Rómulo Alvarez, que ya tenía dentro a otros refugiados, y sin condiciones, con toda nobleza y resolución invitaba y admitía aun a los que nunca conociera.

Entretanto, por Santander y Bilbao, D.^a María Lladó prepara la huida con tal éxito, que el día 5 de enero de 1937 el P. Alfredo Martín con los HH. Benigno y Pablo pueden salir de Gijón en un coche oficial suministrado por D. Valeriano González Puertas. Después de cenar con mucho peligro en Cabezón de la Sal y ser detenidos sin consecuencias en Castro Urdiales, en la madrugada de Reyes ponían el pie en Bilbao, donde a poco se les juntaba el P. Lozano para reintegrarse en octubre del mismo año a su Residencia de la calle del Instituto con los restos recientes de otros tres mártires de Dios.

Ahora debemos consignar aquí por gratitud las familias y entidades que arriesgando privaciones y peligros recibieron en su casa a nuestros religiosos, aunque el temor de omitir nombres nos retraiga siempre de estas gratas enumeraciones.

Fueron:

ASILO DE LAS HERMANITAS

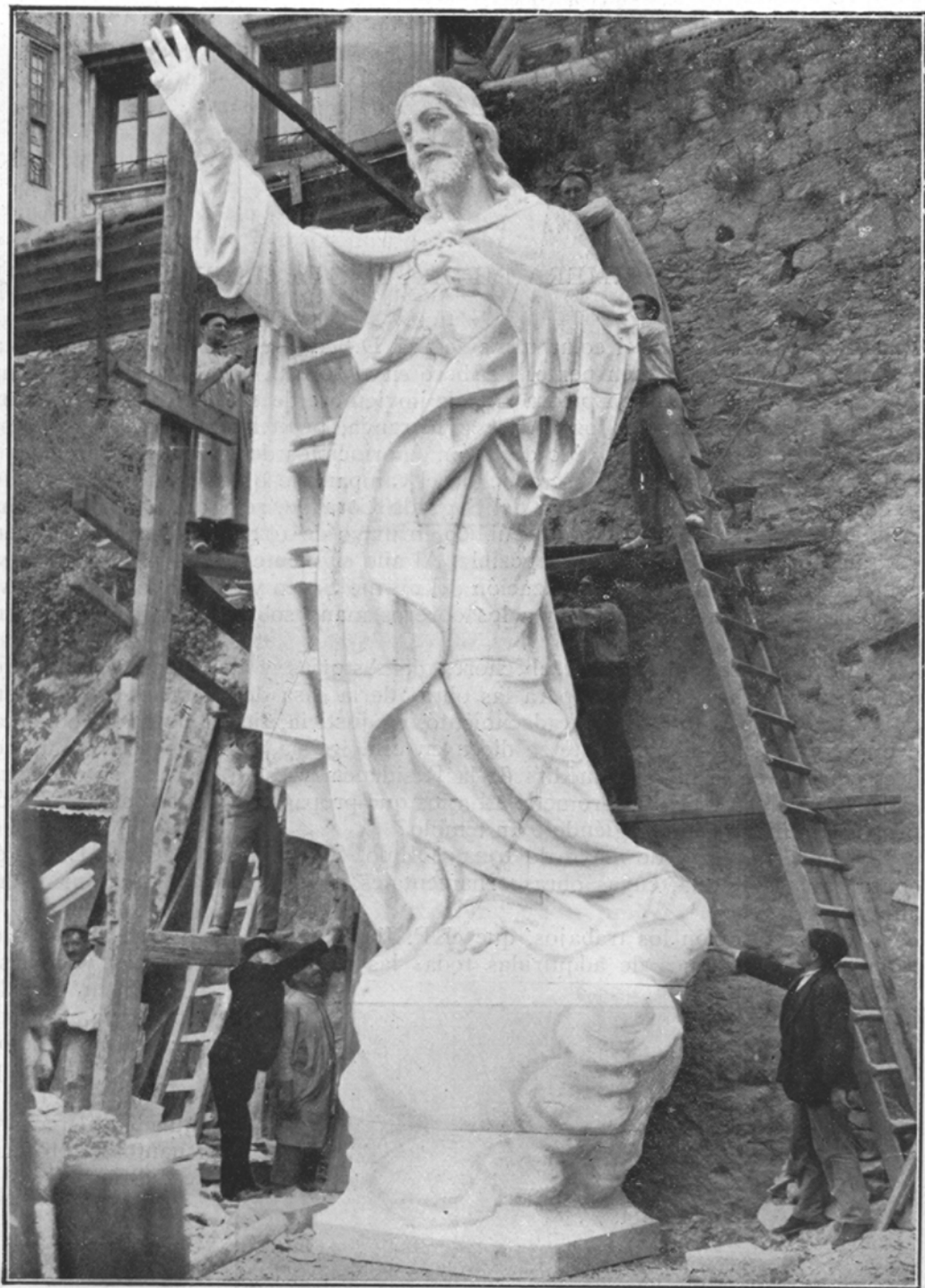
D. Rómulo Alvarez.
D. José Arias.
D. Francisco Cienfuegos.
D.^a María Díaz.
D. Esteban Embil.
D. Ismael Figaredo.
D. Julio García.
D. Amador González Posada.
D.^a María Gutiérrez.

HOSPITAL DE CARIDAD

D. Saturnino Medio.
D.^a Petra Montoto.
D. Tomás Montoto.
D. José Pantiga.
D.^a Asunción Piñera.
D. Manuel Prendes.
D. Ignacio Soto.
D. Luis Suárez del Villar.
D.^a Carmen Zulábar.



La Comunidad en 1943. De izquierda a derecha. (Sentados) PP. González, Gómez, Sánchez, L. de Clairac, Feliz, Pállez, Lozano. (De pie) Hermanos Sáenz de Miera, Santos, PP. Barreira, Partearroyo, Diego, Fernández Reyero y Hermanos Luis y Múgica.



La imagen del Sagrado Corazón poco antes de ser entronizada en Gijón.

II. Un templo combatido.

DESDE LA PRIMERA PIEDRA HASTA ONCE AÑOS DESPUÉS

Como queda dicho, en el solar ofrecido por D.^a María Díaz en 1903 y aceptado de su hija D.^a Carmen por el P. Ibero en 1910 está edificado nuestro templo.

Se colocó la primera piedra el 7 de noviembre de 1913 y ofició, en ausencia del Ilmo. Sr. Baztán, D. José Álvarez Miranda, penitenciario hasta entonces de Oviedo y Obispo ya preconizado de León. A principios de 1919 se cerraban las bóvedas, a fines del mismo año se concluía el campanario que el 4 de enero de 1920 se coronaba con la pulcra estatua del Sagrado Corazón, remate vertical del templo.

Éste se iba a abrir al culto público en mayo de 1921, centenario de la herida de San Ignacio en Pamplona. Imposible. Al año siguiente se celebraban las fiestas, centenarias también, de la canonización del mismo Santo y de San Francisco Javier. Ni pensar: las huelgas tuvieron a los obreros mano sobre mano los once últimos meses de 1921.

Entretanto, nuestros bienhechores de Asturias y de fuera seguían prodigando su dinero y sus joyas para las obras de la casa de Dios. No sería discreto citarlos aquí; pero nuestro agradecimiento, en justicia, tiene que ser imponderable e imperdurable. Semanalmente se dicen en esta iglesia misas por ellos. Sus nombres constan en la historia inédita de la Residencia y están escritos en el Sagrado Corazón de Jesús. ¿No lo prometió él a los que propagaran su devoción? ¿Y cómo propagarla mejor sino erigiéndole un templo?

Por fin, el 30 de mayo de 1924 el Ilmo. Sr. D. Juan Bautista Luis Pérez consagraba la iglesia, cuyas obras ornamentales no concluyeron hasta mediado el año 1925.

Once duraron los trabajos, que el P. Ibero, bien se entiende, no pudo emprender, sino después de adquiridas todas las licencias eclesiásticas y civiles en

Gijón, en Oviedo y en Roma, y después de bien asesorado del éxito de una empresa que tantas seguridades reclamaba cuantos obstáculos encubría.



Un día gris de otoño bendicen la primera piedra.

EL MINISTRO DE LA GOBERNACIÓN Y LAS DECRETALES DE GREGORIO IX

Efectivamente, las obras que se incoaron entre pleitos y dificultades se vieron interrumpidas muchas veces por las huelgas y los sabotajes de los sindicatos y amenazadas por organismos y publicaciones locales. El litigio, a tirones, fué llevado adelante con terco y pueril capricho y adquirió una amplitud tan injusta como inconsistente.

Por medio de un precoz edil republicano de nuestro Ayuntamiento llegó a las puertas del Ministerio de la Gobernación, y el P. Ibero se vió obligado a interponer recurso ante el Supremo contra el Ministro, que tuvo que retirarse en derrota. Tan incompetente era su intervención, tan infundados sus pretextos y tan aplastantes las razones de la parte contraria, que ésta, el primer viernes de julio de 1914, ganaba un pleito a D. Santiago Alba.

En la vía pública, entretanto, se propinaban especies y alarmas para todos los gustos, según el sector que se pretendiera captar: desde las Decretales del Papa Gregorio IX hasta las consignas de las logias y sindicatos; desde la rasante de la calle, donde el tranvía, con sus ruedas, *necesariamente* tenía que ocasionar a diario gran número de víctimas entre la muchedumbre atolondrada que saliera de la iglesia, hasta el *muy posible* también hundimiento de unas obras tan atrevidas y al par tan sujetas entre la malla de las aceras. Por eso no era raro advertir grupos ociosos que se detenían ante la obra en construcción para mirar, con la boca abierta y los ojos desorbitados, cualquier fisura producida por el natural reajuste de las dovelas del arco superliminar, que señalaban con el dedo mientras se iban acelerados y francamente satisfechos, aunque con fingidos mohines de temor, no les fuera a coger debajo la *inmediata* catástrofe.

Es imposible enumerar los eslabones de aquella cadena sin fin de dificultades que intentaron detener la construcción de este templo y pretendieron hasta entablar recurso "de opere demoliendo". El P. Nemesio González lo narra todo con mil pormenares en sus apuntes inéditos, la mejor fuente histórica de tan largo como irritante proceso.

El tesón del P. Cesáreo Ibero y la continua ayuda de Dios se abrieron paso entre el apiñado tropel de adversarios, y triunfaron al fin.

Agradecida y perpetua memoria de cuantos habitan esta Residencia y de toda la villa de Gijón, a la que dotó a la vez de un magnífico monumento material y de un Centro de apostolado espiritual, merece este Padre, único autor y fundador de nuestra casa y de nuestra iglesia.

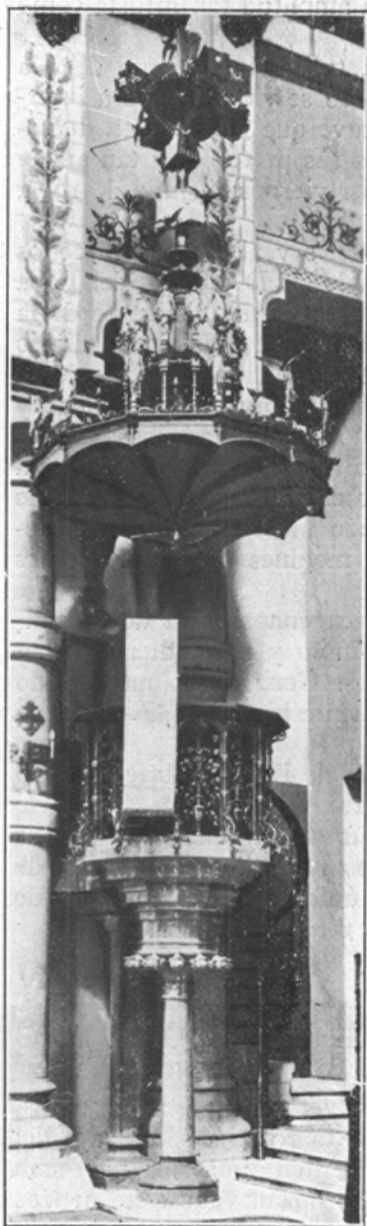
EL P. IBERO ANTE EL JUICIO DE DIOS

El arquitecto del templo fué D. Juan Rubió y Bellver; el maestro de obras, D. Claudio Alsina. Su construcción es solidísima; la piedra rosácea se extrajo del monte Naranco. De cuarenta y cinco metros de longitud, tiene una sola nave con arcos elípticos que caen a plomo sobre los cimientos y alcanzan veintisiete metros de altura.

La capilla mayor está revestida de mármoles y alabastro bruñidos, de las canteras de Miranda de Ebro. El sagrario, en forma de basílica, de finas y olorosas maderas, está chapeado de oro por dentro y repujado en plata pura por fuera; su fachada reproduce la parte inferior del frontis de la iglesia, y sus adornos son riquísimas estatuillas, de plata también; plata y oro de las joyas y vajilla donadas por muchas personas de Asturias amantes de Jesús Sacramentado. Lo mismo que

los púlpitos y otros trabajos en metal, el sagrario salió de la Casa Tiestos, de Barcelona.

Las cinco estatuas del altar mayor fueron talladas en cedro por Coullaut Valera. El Santo Cristo de la Paz, una de las más vigorosas esculturas de España, es obra de D. Miguel Blay; otras imágenes, como la del Cristo yacente y la del Sagrado Corazón que se usaba en las procesiones, lo mismo que su gigantesca carroza, fueron traídas del Tirol y fabricadas por el escultor italiano D. Fernando Stuflesser.



Uno de los púlpitos de la nueva iglesia.

Como pintores y decoradores vinieron, providencialmente, los hermanos bávaros de reconocida fama Enrique y Guillermo Immenkamp, que supieron rápidamente comprender y dar coherencia al proyecto de la decoración integral del templo. Casi dos años duraron sus trabajos, que respiran todos arte y piedad, y culminan en el gran lienzo del triunfo de los justos en el juicio final, que tapiza el ábside en una superficie de ciento cuarenta metros cuadrados, de relieve sorprendente y que, iluminado por la noche, parecía desprender desde el trono de Dios torrentes de luz por los diversos coros de los predestinados.

Agradecidos, los pintores tuvieron la ocurrencia tan inesperada como bien recibida de retratar allí al P. Ibero. Y allí está y estará "in memoriam" el ilustre fundador de esta Residencia, como hombre bueno y fiel, mirando al Redentor con rostro de paz y de ventura, redundancia de aquella gloria que ahora tendrá en el gozo de su Señor.

En una palabra, los altares e imágenes; las soberbias vidrieras de colores; los púlpitos de bronce dorado; el órgano de la casa Melcher con tres filas de teclas, mil ochocientos sesenta tubos sonoros y millares de combinaciones; la balastrada y las celosías de las tribunas artísticamente talladas en nogal; las magníficas puertas del cancel; y sobre todo la pintura que llena bóvedas, altares y paredes con personajes, simbolismos, alegorías y sentencias bíblicas, estaciones del Vía Crucis, retratos de los Santos de la Compañía, anagramas del Redentor y de la Virgen y emblemas de las Congregaciones establecidas en la iglesia, daban a todo el interior una sensación de orden, buen gusto, arte y piedad difícilmente superable.

Afuera, el frontis remataba como hemos dicho en la estatua del Sagrado Corazón, constituida por diecinueve bloques de mármol de Carrara, con siete metros y setenta y cinco centímetros de altura, la mayor entonces en España, si se excluye la del Cerro de los Angeles. Fué cincelada en los talleres del bilbaíno D. Serafín Basterra.

Con una mano señala el Corazón y con la otra bendice a nuestra villa. De contornos muy elegantes, es visible desde todos los alrededores de Gijón, ya que se levanta

ta cincuenta metros sobre el nivel de la acera. Un haz de rayos que un proyector emitía desde la torreta del colegio de la Inmaculada, recortaba de noche en la oscuridad tan finos perfiles.

Otras seis estatuas de mármol blanco daban escolta al Sagrado Corazón: las de S. Pedro y S. Pablo sobre el arco de la fachada a derecha e izquierda de la Cruz de los Angeles; y las de San Ignacio, S. Francisco Javier, San Luis y S. Estanislao, dos a cada lado en el arranque del pedestal.

La amable e imperecedera revista del colegio de la Inmaculada, "PÁGINAS ESOLARES", publicó en agosto-septiembre de 1924 un erudito número extraordinario sobre esta iglesia, y a él remitimos para más pormenores.

LA PRIMERA VÍCTIMA DE LA ANTIPATRIA

Al P. Ibero, que pasó a su Provincia de Castilla el 12 de septiembre de 1927, le sucedió como Superior el P. José M.^a Partearroyo, y a éste, tres años después, el P. Pascual Arroyo, que a los pocos meses de tomar posesión vió quemado tan magnífico templo.

Es uno de tantos días de huelga general, endémica entonces en Gijón y la víspera de inaugurarse en nuestra iglesia una Congregación dedicada al culto perpetuo del Santísimo Sacramento.

Consignas bien concretas y gente bien amaestrada venían preparando el asalto. Los grupos de pilluelos con gorra ladeada y colilla a flor de labio, que doce años atrás, para promover temores y alarmas se detenían a contemplar aquellas hendiduras reales o imaginarias del arco de la fachada, vuelven a pararse ahora, doce años más viejos ya, para reproducir aquellas tan enfáticas como ridículas escenas.

Hacia el mediodía del 15 de diciembre de 1930 empiezan las protestas y los pretextos contra la placa, fija en la fachada lateral del templo y que durante la Dictadura había cambiado la calle del Instituto por la de Primo de Rivera.

El P. Superior, alarmado, telefona al alcalde, que quita transcendencia al hecho, y a la fuerza pública que, sin otras órdenes, no puede o no quiere actuar.

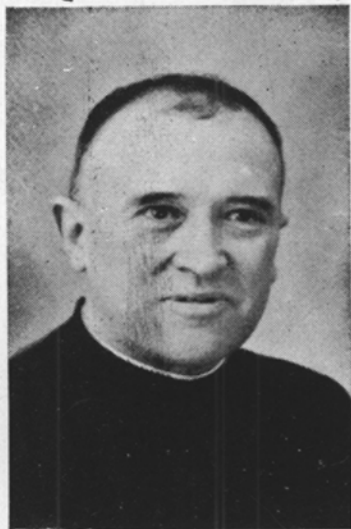
Suenan doce hondas campanadas en el reloj del Instituto: llegan grávidas de misterio y de consignas. Unas cuantas piedras alcanzan las vidrieras y en seguida, forzada la puerta, penetran en la iglesia las turbas.

El P. Pedro Fernández saca el Santísimo y los moradores de la Residencia se refugian en el tercer piso de la casa contigua hasta donde llegan algunos asaltantes, mientras sus compañeros saquean e incendian a placer.



La antipatria convierte en humo las obras artísticas del templo.

Al fin aparece el valiente Comandante Doval, avisado por el Teniente alcalde D. Rufino Menéndez, y con la Guardia civil de su mando pone en fuga a las turbas que entonces por el medio de la iglesia conducían a rastras el sagrario, sustraídas ya algunas de sus estatuitas, y profanaban en la calle la imagen de la Virgen de Covadonga.



El P. José M.ª Partearroyo, Superior durante años tranquilos.

Bajo la primera bóveda del templo y fuera de él ardían en sendas hogueras avivadas con gasolina la imagen del Sagrado Corazón que se sacaba en las procesiones, las de S. Luis y S. Estanislao, bancos, confesonarios, candelabros, paños de altar... Haces de llamas desprendían los ventanales del coro, que ardió también con todo su contenido. Se derritieron los colores de los muros laterales y los retratos de los medallones, quedó pálida y difuminada la pintura de algunas bóvedas y bajo de tono el gran cuadro del ábside.

Uno de aquellos incendiarios que días más tarde exclamaba mostrándolo a los suyos: "Este chisquero es histórico", murió fusilado, arrepentido y absuelto por el P. Nemesio González, su compañero de ejecución, el primer mes del Movimiento Nacional.

"¡ SIN NOVEDAD EN EL TEMPLO! "

Después del incendio los cultos prosiguieron en el salón de la Residencia, donde se predicó un fervoroso octavario al Niño Jesús y se celebraron como en catacumbas los misterios de Navidad.

Restaurado perentoriamente el templo y reconciliado la víspera por el señor Obispo, el 19 de marzo abrió de nuevo sus puertas para cerrarlas el mismo día 13 de abril, al terminar la función de la tarde. Al mes siguiente, el P. Evaristo Gómez pretendió celebrar en él las "flores" de Mayo. Imposible. El templo del Sagrado Corazón de Jesús en Gijón y la República española eran incompatibles.

Suprimido el culto se convirtió en cárcel, por poco tiempo en 1934 y durante largos meses en 1936. La Residencia pasó a ser auditoría de guerra a raíz de la revuelta de octubre y cárcel también de piadosas señoras y señoritas asturianas detenidas por la persecución y trasladadas después a un barco del Musel.

Los milicianos rojos arrancaron el bronce de los púlpitos y para calentarse hicieron astillas en el vestíbulo las imágenes que quedaban. Pero se conservó en el muro bajo el primer arco de la derecha la pintura de la Inmaculada, que bien merece llamarse la Reina de los mártires, ungida para siempre ya por la piedad y el heroísmo de unos hombres encarcelados y ajusticiados por buenos, que hacia aquella imagen dirigieron en los más angustiosos momentos de su existencia sus más encen-



El P. Pascual Arroyo, Superior cuando sobrevino el incendio del templo.

didas plegarias, y los que salían para morir su última y más suplicante mirada proseguida mas allá tan pronto como el fulminante parpadeo de los fusiles homicidas los hizo capaces de percibir la belleza real de la Madre de Dios.

Hasta que el día de Cristo Rey de 1937, libre apenas de rojos la región, con la prisa del que teme llegar tarde, aquel templo, otra vez purificado, con las preces rituales, de tantas sacrílegas profanaciones, improvisaba sobre una mesa un altar y abría de nuevo sus puertas para recibir sobre su pecho lleno de cicatrices y abrazar con sus muñones de mutilado a las brigadas navarras que venían de romper los últimos reductos marxistas de Asturias.

Pero su aspecto era hosco y triste: el piso, los lienzos y las bóvedas estaban sucios y ahumados; por las anchas y redondas pupilas de sus ventanales entraba el viento y la lluvia; habían desaparecido las estatuas de mármol de la fachada y las imágenes de los altares... es decir, las paredes y el techo era casi todo lo que quedaba del templo del Sagrado Corazón.

Mas no era poco. En compensación, muy pronto había de lucir a uno y otro lado del vestibulo, como se lucen dos lau-



La "Reina de los mártires", única imagen que había en el templo y que recogió la mirada de tantos presos y fusilados.

readas en el pecho, sendas franjas largas y anchas con los nombres de los mártires que entre sus muros se habían previamente juramentado para elegir la muerte antes que la traición.

Por eso, una mañana de octubre de 1937 el templo del Sagrado Corazón, rindiendo armas ante Cristo Rey, ausente de allí desde el 13 de abril de 1934, pero que ahora bajaba envuelto en los accidentes eucarísticos, podía decir también con sencillo laconismo castrense: "¡Sin novedad en el templo, mi General!"

EL MENSAJE DE LEONIDAS

En seguida y con la ayuda económica de nuestros bienhechores, siempre atentos, empezaron los trabajos de recuperación y reparación.

El sagrario se hallaba desde 1931 en los talleres de D. Félix Granda de Madrid y allí fué reconstruido. El Santo Cristo de la Paz, providencialmente inmune del incendio y sigilosamente sacado de la iglesia una noche de mayo de 1931, llegó a Vizcaya con D. Angel Cortés, mártir de nuestra causa. Dueños de él, los rojos lo instalaron en un museo con intención de llevárselo al extranjero. Apareció en la aduana de Bilbao y en febrero de 1938 se trajo para Gijón.

Al desmontar la imagen marmórea del Sagrado Corazón en diciembre de 1936, los rojos tuvieron cuidado de mantener íntegras las piezas para convertirla en una estatua de Lenin. Recogidas aquéllas y arreglados por un escultor de Bilbao leves desperfectos en el corazón, los dedos y el manto, la imagen se volvió a colocar el primer aniversario de la liberación, orlada su base con las antiguas letras de bronce, que dicen: CHRISTUS - VINCIT - REGNAT - IMPERAT.

Entretanto las campanas, en pedazos por los golpes de los marxistas, se funden en Vitoria y el día del Pilar de 1938 comienzan de nuevo a voltear.

En el atrio de entrada y con unas sentidas frases del alcalde D. Paulino Vigón, se descubrieron en octubre de 1939 dos lápidas con los nombres de los trescientos cuarenta y cuatro mártires que en este recinto, templo y cárcel, se prepararon para subir con sus palmas al trono de Dios; lápidas que parecen repetir lo mismo a los que entran que a los que pasan el lacónico mensaje de Leónidas: "Caminiante, ve y dile a la Patria que hemos muerto por no traicionar sus sagradas leyes."

El templo se sigue restaurando gracias a la prodigalidad de nuestros indefectibles bienhechores y a la solicitud del P. Leandro Sánchez. Ya tiene coro, púlpitos, cancela, antepecho en las tribunas y algunas de sus vidrieras.

Tapiada la puerta lateral, sobre ella y mirando a la calle, fué colocada en diciembre de 1939 y con motivo del triduo que las Congregaciones de Covadonga organizaron como reparación por el incendio, una imagen de la "Santina", que luce por la noche a la luz de su farolillo.

Se instaló la calefacción de agua caliente y una sencilla red de altavoces que, con el micrófono, permite radiar por la emisora gijonesa la homilía dominical y los sermones de las principales solemnidades.

Al Via Crucis del muro, destruido en el incendio, sucedieron los cuadros que el P. Elorriaga había adquirido y que en 1938 se encontraron en un comercio de Gijón.

IMÁGENES Y CORONAS

Para reponer las estatuas destruidas, las Congregaciones regalaron, el año jubilar de la Compañía de Jesús, una de S. Ignacio, de dos metros de altura, fabricada en los talleres del asturiano Granda Buylla y bendecida el 28 de julio de 1941.

El Apostolado de la Oración adquirió en los mismos talleres el Sagrado Corazón que ahora figura en el retablo del altar mayor. Allí también está, aunque faltan los ángeles de los lados, la Cruz asturiana de brazos iguales, muy vistosa por su iluminación interior, difundida en colores a través de los pequeños cristales que salpican su superficie.

La misma bienhechora que había donado en 1942 las vidrieras del trascoro, quiso regalar también en 1945 un rico ostensorio con su custodia fija de plata, obra del tallista compostelano Parcero y del orfebre Ricard. Y otra dama gijonesa ofreció una imagen de la Virgen de Covadonga, tallada como la que hay en nuestra Embajada en París, por el escultor Zaragoza, de Cangas de Onís, gemelas las dos a la de la gruta. El altar para esta encantadora imagen es regalo de nuestras Congregaciones de Covadonga.

Reforzada la pintura en el cuadro de la Inmaculada, Reina de los mártires, ceñido por un rico y alto zócalo de alabastro, sobre pavimento de mármol se alza, de mármol también, ese precioso altar. Se inauguró el 8 de septiembre de 1945. La imagen lucía la corona con que la auténtica "Santina" entró en España a su vuelta de París en 1939. Concesión que agradecemos otra vez al Ilmo. Cabildo de Covadonga. Hoy tiene ya la suya, de plata, construida en Compostela y colocada de Covadonga. Hoy se construye una para ella en Compostela, donde se construyó también un sencillito y artístico relicario que encierra la mano de la antigua imagen profanada en el incendio.



Altar de la Patrona de Asturias en el templo del Sagrado Corazón.

*«Nuestros padres sus ojos a ti volvieron
y una Patria en tus ojos adivinaron.»*

(Del Himno a la Virgen de Covadonga.)

III. Un apostolado fecundo.

LA PLAYA DEL "FOMENTIN" Y LAS BOMBILLAS ELECTRICAS

LA villa de Jovellanos, populosa hoy y efervescente, no tenía entonces ni quince mil habitantes; integrados por los pescadores del cerro de Santa Catalina, por la enrarecida población obrera de una industria aún balbuciente y de un tráfico carbonero, aún perezoso, por los veraneantes de la provincia que acudían a remojarse en la única playa de entonces: la del "Fomentín", y por el gremio de comerciantes que daban por una "perrona" tres botellas de sidra, por un real dos metros de dril y por diecinueve pesetas una buena tonelada de carbón. Reunido todo este heterogéneo y regocijado vecindario alrededor de una sola parroquia: la de S. Pedro, regida desde 1829 por D. José Frades, que al peso del cargo añadía el de sus ochenta y un años de edad, agravados diez más, pues murió en Gijón el 1892.

Constituída ya la vieja provincia de Castilla de la Compañía de Jesús en julio de 1880, una fructuosa misión del P. Obieta en el penúltimo decenio del siglo pasado, es el recuerdo más antiguo que los más viejos de hoy guardan de los jesuitas de ayer.

En noviembre de 1889, el P. Garay a quien en seguida empezarán a llamar el apóstol de Gijón, dirigía una tanda de Ejercicios en la Colegiata. Poco después, con el entusiasmo de las asociadas que pronto se manifestaría en la actividad y esplendor de los cultos, entroncaba en el Apostolado de la Oración aquella Congregación que el P. Calatayud había fundado a mediados del siglo XVIII en la iglesia de las MM. Agustinas, y tomaba a su cargo la Archicofradía de Hijas de María, con un éxito que superó las esperanzas de las congregantes más optimistas.

La solemnidades religiosas de fin de siglo, con una ferviente novena y procesión del Sagrado Corazón, cuyo culto propagó siempre, las sacó adelante abriéndose paso entre dificultades el P. Aróstegui; y las del año jubilar de la Inmaculada el elocuentísimo P. La Rúa, director ya de las Hijas de María. El día de la fiesta, las jóvenes lucieron desde la mañana hasta la noche su medalla por las calles, y la población entera, con luminarias, colgaduras y procesiones, rindió culto a la Madre de Dios. Había predicado la novena el P. Miqueléz con ubérrimo resultado.

En el colegio de la Inmaculada se inauguraba ese día la imagen marmórea del jardín, hoy desaparecida, de tan amable recuerdo para todos sus antiguos profesores y alumnos.

Pocos años después dirigían los jesuitas las Marías de los Sagrarios de la diócesis, con su boletín mensual; las obras catequísticas de Oviedo, Mieres, Gijón y Avilés; el Apostolado de la Oración en estas dos últimas villas, y publicaban la revista "El adalid obrero".

En una palabra, la asiduidad al confesonario desde las primeras horas del día; los rumbos tan firmes que tomaron las almas de vida interior bajo las normas ascéticas de S. Ignacio; los Ejercicios espirituales de Cuaresma con sus llamativas conversiones y los que daban frecuentemente el P. Aróstegui y otros en la casa de las MM. Reparadoras; el nuevo horario de cultos que fijaron los Padres en su iglesia, atentos siempre a las conveniencias de los distintos grupos sociales; y el

ritmo de seriedad y fervor impulsado a las asociaciones que dirigían, atrajeron el concurso a los actos religiosos aun de los barrios humildes, como el de Cimadevilla, que respondió con espontánea nobleza a las actividades de aquellos primeros jesuitas, aumentaron la frecuencia de sacramentos y difundieron



Las autoridades, en un día luminoso de primavera, presiden las fiestas inaugurales.

por todas partes el aroma de la buena opinión de la Compañía de Jesús, mientras asomaban los inevitables contratiempos y oposiciones, descubiertas unas veces y agazapadas otras entre bobos eufemismos litúrgicos, como aquella trasnochada protesta contra los jesuitas que sustituyeron en su iglesia los candiles de gas por las bombillas eléctricas que entonces se introducían; censuras que reclamaron algunas enérgicas intervenciones de las autoridades y fueron índice de la calidad espiritual con que se presentaba aquella renovación.

“ENHORABUENAS POR TODO”

Como queda dicho, en mayo de 1924, el Obispo de Oviedo, ritualmente, solemnemente, consagraba el templo del Sagrado Corazón. Abierta después la entrada, celebró en él por primera vez y ante gran muchedumbre, el Santo Sacrificio de la misa.

Siguió un triduo solemnísimo, cuya magnificencia pretendía compensar las perplejidades, dilaciones, amarguras y luchas que durante cuatro lustros contuvieron tan suspirado como venturoso desenlace.

“Muchos años llevo en Gijón —dice el P. Nemesio González en los apuntes que por aquella fecha editó— pero sin temor a exagerar puedo decir que ni en el orden religioso ni en el profano o civil recuerdo que cuestión alguna haya afectado tan por igual como ésta a todos sus vecinos. Por aquellos días, entre amigos y enemigos, buenos y malos, religiosos o indiferentes, no se hablaba de otra cosa en Gijón, sino de la iglesia de los jesuitas”.

Amplió la resonancia del acontecimiento la venida del Excmo. Sr. D. Federico Tedeschini, Nuncio de Su Santidad, envuelto en los honores oficiales que como a representante de los Estados Pontificios le correspondían, agasajado en León y Oviedo y recibido en nuestro colegio de la Inmaculada por todas cuantas autoridades y comisiones acostumbran presentarse en los recibimientos oficiales.

En la iglesia, la muchedumbre rebosaba de la nave e invadía tribunas, tras altar, coro y sacristía. Presidieron las autoridades, desde el gobernador civil, general Zubillaga, hasta los concejales republicanos y reformistas de nuestro Ayuntamiento, que ni esos faltaron.

Los dos primeros días predicó el P. Alfonso Torres, S. J., y el último, el Magistral, de lamentable recuerdo, D. Enrique Vázquez Camarasa. El Nuncio de Su Santidad, el Prelado diocesano y el dimisionario de Oviedo, Ilmo. Sr. Baztán, celebraron misas Pontificales y dieron por la tarde la bendición al pueblo.

El coro, integrado por elementos de Gijón, Oviedo, Avilés y Covadonga, alternaba con otro de niñas de nuestros centros, perfectamente ensayadas.

Al fin, la satisfacción de los Padres y bienhechores no tuvo límites; y como dice el P. Nemesio: "con una sinceridad que no engaña, con un lenguaje que no se puede fingir... hemos recibido más enhorabuenas que habremos de recibir en toda nuestra vida o hemos recibido hasta el presente, y enhorabuenas por todo."

LA "CATEDRALINA" Y LA "IGLESIONA"

Inmediatamente se traslada al nuevo templo el Apostolado de la Oración y la congregación de sirvientas que los jesuitas dirigen en S. Lorenzo y en la iglesia de Begoña, respectivamente; y se van estableciendo otras nuevas.

El 14 de septiembre de 1924 termina la novena al Santo Cristo de la Paz, bendecido por el M. R. P. General Wlodimiro Ledóchowski, que en el mes de agosto había visitado nuestra villa, y se pone en marcha la congregación de la Buena Muerte, dirigida por el P. Ibero, que al año siguiente cuenta ya novecientos ochenta asociados.

El 31 de mayo de 1925 funda el P. Elorriaga, con noventa congregantes, la de caballeros de Nuestra Señora de Covadonga y de S. Ignacio, que en seguida inaugura sus retiros mensuales la víspera de los primeros viernes en el salón de la Residencia. El 21 de junio de 1926 aparece la congregación de la Inmaculada y de San Estanislao con setenta adolescentes, y el 19 de marzo de 1939 una estimulante plática del Superior, P. Partearroyo, presenta la de San Luis Gonzaga, para jóvenes. Todas las dirige el mismo P. Elorriaga.

Aparte de los ministerios acostumbrados: Ejercicios espirituales, confesiones y predicación sagrada en nuestra iglesia, en la capital y por los pueblos y villas de la Provincia, merece consignarse de aquellos años la afluencia de fieles a las comuniones de los primeros viernes; utilizados todos los estímulos, de palabra y por escrito, con carteles murales y hojas volantes, esta devoción se difundía visiblemente de mes en mes.

El 10 de enero de 1926 se inauguran con un solemnísimo Via Crucis los lienzos que representan las estaciones y que los hermanos Immenkamp habían pintado y colocado a lo largo del muro de la iglesia. Tanto gusto experimentaba el pueblo con este piadoso ejercicio, que se estableció definitivamente como acto mensual de la congregación de la Buena Muerte y tres veces por semana durante la Cuaresma.

El año 1926 también se empieza a celebrar la novena de Cristo Rey que predica por primera vez el P. Elorriaga.

La felicitación sabatina a la Virgen Santísima se establece poco después, lo mismo que la devoción de los trece martes de San Antonio, que se rezaban con mucho éxito cuatro veces durante las misas de la mañana y en la función de la tarde.

Tres solemnidades de canonización merecen referirse de aquellos años: la de San Pedro Canisio y los mártires del Canadá, en abril de 1926, con un triduo predicado por el P. José Manuel Aicardo; la de los mártires de la Eucaristía, en septiembre de 1927 con sermones por los PP. Serafín Arias y Manuel Candal; y por fin, la del Beato Claudio de la Colombière, director que fué de S. Margarita María de Alacoque, en junio de 1930. Predicó los tres días el P. Partearroyo, entonces Superior. Años atrás, a su tiempo, se había celebrado en la iglesia del colegio, pues aún no estaba concluída ésta, la canonización de la santa de Paray, con sermones por los PP. Ibero, García Herrero y Elorriaga.

Para ganar las indulgencias del año santo de 1926 el Sr. Obispo designa con las tres parroquias el templo del Sagrado Corazón, y en él se rezan las visitas y preces rituales. Y el año 1930 se celebra asimismo con suma esplendidez el jubileo sacerdotal de S. S. Pío XI.

Como se ve, este templo, bautizado por el léxico bable con el mimoso diminutivo de la "catedralina", que la jerga revolucionaria convertiría pronto en la "iglesiona", disfrutaba así, después de tan larga y dolorosa gestación, sus infantiles e inocentes años, sin sospechar la cruel adolescencia que lo acechaba.

"EN SERVICIO DE ENTRAMBAS MAJESTADES"

La del cielo y la de la tierra. Dios y el César. La Iglesia y España.

En aquellos años, cuando una revolución asiática y atea mordía sin piedad los cimientos de instituciones que se tuvieron hasta entonces por intangibles, los jesuitas de Gijón aprovechan todas las oportunidades para reafirmar su postura, que no podía permanecer ambigua ni anodina cuando se trataba, no sólo de sustituir a una familia que vivía en el palacio de Oriente, sino de quitar y poner conceptos de alternativa gravísima y extrema para el ser de la Patria.

El templo se dedica el día de San Fernando, quinto aniversario de la consagración oficial de España al Sagrado Corazón de Jesús. Y por eso, en la función de la tarde, después de la eufónica y piadosa pieza oratoria del P. Alfonso Torres, como fórmula más ajustada a la solemnidad única de aquel acto inaugural se reza la que S. M. D. Alfonso XIII pronunciara en el Cerro de los Angeles cinco años atrás.

En septiembre de 1924 el P. Ibero, confesor que había sido de la Reina Madre y de la real familia durante sus estancias veraniegas en San Sebastián, invita al Príncipe de Asturias, aquel joven de tan efímeros destinos, a visitar nuestra iglesia. Vino, en efecto, como más tarde vendrá su augusto hermano el infante don Jaime a inaugurar los talleres de la fundación Revilla-gigedo del Natahoyo.

Un año después se organiza una novena al Santo Cristo de la Paz por mediación de la Virgen de las Batallas, patrona de Asturias, y un "Te-Deum" final para pedirle primero y agradecerle después el triunfo de las armas españolas en Africa.

El 27 de abril de 1927, fiesta de la Virgen de Montserrat, Patrona de otro pedazo de la túnica inconsútil de la Patria, codiciado como Asturias por la *eutrapelia* marxista para sus exhibiciones infrahumanas, los miembros del Somatén celebran en nuestra iglesia otra solemnísima función religiosa.

El 17 de mayo siguiente se cumplían las bodas de plata con el trono de Su Majestad D. Alfonso XIII. En honor de la verdad hay que decir que en aquella

ocasión, cuando hombres de *ancha base y bien prevenidos* se alejaban del régimen para alzarse con acomodados y sinécuras, nuestros Padres no escatiman esfuerzos para rodear de simpatía y cariño a la persona del Monarca y a los valores que representaba. Los alumnos de nuestras escuelas y las congregaciones de nuestra iglesia celebran ese día fervorosas comuniones generales y por la tarde son invitadas al "Te-Deum" las autoridades y fuerzas vivas de la población.

Llegada la noticia de estos actos, tan raros y audaces entonces, hasta el Palacio real, el Soberano gratamente sorprendido corresponde al P. Ibero con una emocionada carta de agradecimiento.

El año 1928, la procesión del Sagrado Corazón avanza presidida por el comandante de la flotilla, Excmo. Sr. D. Juan Cervera, con los jefes y oficiales de los cruceros "Blas de Lezo" y "Príncipe Alfonso", anclados en el Museo. La imagen, en su soberbia carroza, es escoltada por los marinos, cuyas bandas de música y cantos piadosos armonizan el devoto y varonil acontecimiento.

A estos actos patrióticos celebrados durante la Dictadura: después de su caída bien poco y mal pudo vivir nuestra Residencia, asistían siempre todas las autoridades con el Sr. Alcalde al frente y los jefes del Ejército y de la Marina de Gijón y a veces también de la provincia.

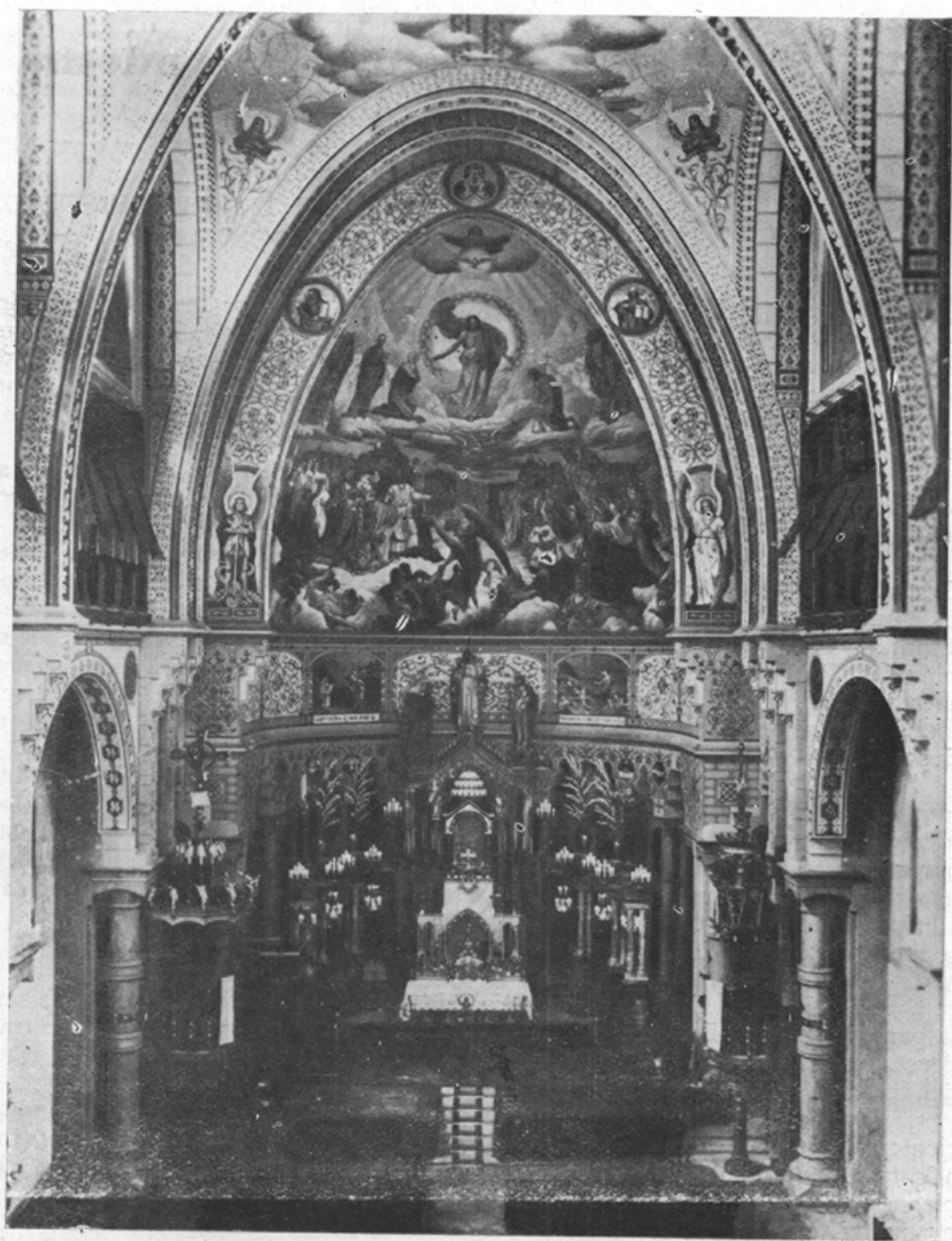
La Compañía de Jesús fué disuelta en España el año 1932. "Por señalarse en todo servicio de su Rey eterno y Señor universal": he ahí la verdadera causa que a nadie se le ocultó. El cuarto voto, es decir, la obediencia a otro Rey, Vicario de Cristo en la tierra, sirvió de pretexto. Y la fecha y ocasión obligada surgió el 23 de enero, onomástico del último Rey de España, símbolo de unos valores que sólo las armas de un Caudillo predestinado pudieron recuperar. Y con eso, los enemigos, al querer desprestigiar y hundir a la Compañía de Jesús, acertaron a tributarle el más completo y encomiástico panegírico.

Fué después del Movimiento Nacional, pero puede consignarse aquí. En nuestro templo del Sagrado Corazón, mutilado por una guerra civil y entre el estruendo de otra mundial, un día, el 3 de marzo de 1941, se congregaban vestidas de negro todas las autoridades, el clero, las órdenes religiosas y una bien rebotante muchedumbre de fieles presididos por el Ilmo. Sr. Obispo de Neópatra para oír la misa de requiem oficiada por el Sr. Arcipreste y los Eónomos de otras dos parroquias de Gijón y rendir así el último homenaje a S. M. D. Alfonso XIII, que en Roma acababa de fallecer envuelto en el manto de la Virgen del Pilar.

Este funeral, que duró hora y media, fué el más largo, más concurrido y más conmovedor que se ha celebrado en nuestra iglesia de Gijón.



Una procesión del Sagrado Corazón de Jesús, por las calles de Gijón.



La "catedra'ina" recién inaugurada.

IV. El apostolado peculiar de nuestra Residencia.

EL P. FLANEGAN Y LOS "EPISODIOS"
DEL P. NEMESIO GONZALEZ

Estos últimos años los jesuitas de Gijón inauguraron dos instituciones típicas, que por la *materia prima* que manejan se atrajeron desde el principio la más benévola simpatía y por su originalidad bastaba cada una a sacar del anónimo el nombre de cualquier residencia. Esa *materia prima* son los niños abandonados y los obreros mineros e industriales, más abandonados tal vez. Para aquellos se creó un hogar, para éstos una casa de Ejercicios.

Sin embargo, uno y otra no son sino robustas condensaciones de aquel ambiente social en que se movió siempre esta Residencia y que ahora es preciso subrayar.

Entre los pobres y los niños, clases sociales predilectas para los hijos de la Compañía de Jesús, había trabajado ya el P. Zabala que con sus asiduas visitas a las escuelas y su insinuación por las casas de los obreros logró deshacer los bailes infantiles, entonces en moda, y administrar los últimos sacramentos a muchos moribundos. Poco después, convertido uno de sus fundadores, se hundía una escuela laica que por ser gratuita y bien surtida en medios pedagógicos ilusionaba a muchas familias; pero se decretó a la vez la muerte del P. Zabala, trasladado con este motivo a Bilbao.

Por el año 1907 el P. Campoamor atraía hacia un salón de la calle del Instituto, ocupado hoy por una funeraria, a los niños de los suburbios para darles cama y comida después de haberlos llevado al colegio de la Inmaculada, donde asistido por otros profesores, les enseñaba el Catecismo y primeras letras y los distraía con uno de aquellos balones grandes, entonces en uso, que los chicos, la mitad de un bando y la mitad de otro, a fuerza de voces y patadas intentaban llevar de un extremo a otro del patido.

Fueron los primeros y felices baluceos del actual Hogar de San José.

El mismo P. Campoamor reunía a los golfillos del muelle en el claustro de la parroquia de S. Pedro, convertido así en escuela gratuita, que hubo de trasladarse a los bajos de la rectoral o al campo Valdés, según lo reclamaran los rigores del frío o las templanzas de la primavera.

Formaban esta población escolar tres maestros del Ave María y unos trescientos alumnos, aparte de los curiosos que se detenían para escuchar o reprender a la turba estudiantil, cuya imaginación entregada al vaivén de las olas que allí al pie se quebraban, prefería el trino de los pajarillos a las desabridas conjugaciones gramaticales que aquellos abnegados maestros exponían.

Entretenido el P. Campoamor en organizar centros obreros y otras obras sociales y destinado a Colombia después, esta escuela se trasladó al colegio de la Inmaculada, donde estuvo bien atendida durante muchos años, mientras su funda-

der creaba allende los mares lo que hoy se llama Villa Javier, verdadera población de niños y desheredados, sólida forja de hombres, anticipo tan real como feliz de la imaginaria ciudad infantil del P. Flanegan.

Por eso el Gobierno de Colombia condecoró hace unos años a ese ilustre religioso que se llama José M.^o Campoamor, S. J. (1).

En aquellos mismos años, ya un poco remotos, los PP. Apráiz y Valcárcel gestionaron para las niñas la fundación del Patronato de S. José, que andando el tiempo había de ser, encumbrado en la cuesta de Ceaes, el establecimiento magnífico en todas sus dimensiones que hoy conocemos.

A las clases sociales más abandonadas dedicó su predilección desde principios de siglo hasta el año 1936 el mártir P. Nemesio González. Por medio de las conferencias de S. Vicente a cuyos socios cultivaba con una bien dirigida formación espiritual, en todas partes se metía el P. Nemesio.

¿Quién podrá contar los matrimonios que arregló, los chicos y grandes que bautizó, los moribundos abandonados que preparó, los pobres que socorrió, las jóvenes que a las Adoratrices llevó, los obreros sin trabajo que colocó, las lágrimas que enjugó, las limosnas que repartió...; y al mismo tiempo los trances tan delicados como curiosos, tan atrevidos como pintorescos por que pasó, las incomprendiones que soportó, la paciencia con que aguantó y las ingratitudes que cosechó? Él cuenta algo en las Cartas Edificantes de aquellos tiempos, con estilo clásico y gracia siempre a punto.

Otro mártir, el P. Emilio Martínez, dedicó también al apostolado social gran parte de sus entusiasmos con los sindicatos que dirigió algún tiempo, las congregaciones en el Natahoyo, las catequesis por las aldeas y las clases nocturnas en la fundación Revilla-gigedo.

Esta obra, cuyo nombre dice tanto a cualquier gijonés, merece ella sola reseña aparte.



El P. Nemesio González, gesto duro de luchador hasta el fin.

SINDICATOS Y "FIESTAS BENEFICAS"

Pero el llamado a cultivar aquí en una y otra dirección el campo social, hacia donde entonces derivaba previsoramente la acción apostólica, fué el Padre Angel Elorriaga, llegado a Gijón en la plenitud de la vida y al terminar su carrera, el año 1910.

Con el apoyo de una espléndida bienhechora de la Compañía de Jesús, doña Barbarina Valdés Hevia, fallecida en 1919, que cedió para la acción

social católica casi toda su fortuna, se pudo construir y dotar el centro de la

(1) En prensa estas líneas, nos llega la noticia de su muerte, en Bogotá. Descansen en paz, y que su alma inmortal cobije las obras que en el viejo y nuevo mundo emprendiera para gloria de Dios.

calle de Cabrales, inaugurado en 1913 y que con su edificio auxiliar en la calle de Pedro Duro, sirvió de asiento a las asociaciones que iba a iniciar el P. Elorriaga.

Fueron éstas el sindicato de la Aguja, integrado por modistas, bordadoras y costureras, a quienes se agregaron luego algunas dependientes de comercio y oficinistas, que organizadas, lograron dar fin al abuso del trabajo dominical impuesto a sus oficialas por muchas maestras de taller. El sindicato de cigarreras, humildes y heroicas trabajadoras de Cimadevilla, que necesitaron en aquellos años turbulentos ser escoltadas por la Guardia civil para sostener su derecho de libre asociación. El sindicato de sirvientas, que tuvo en contra al principio el apetito intromisorio y ordenancista de algunas amas de casa, inquietas porque deseaban y no podían gobernarlo a su voluntad y en su provecho. Por fin se puso también en pie de guerra el sindicato de obreros, que nació y vivió frente a las feroces actitudes marxistas; y por eso ni fué muy numeroso ni pudo nunca conseguir plena vitalidad.

Estos sindicatos tenían, como se ha dicho, sus oficinas, biblioteca, imprenta, salones de juego y cine en la Casa social.

Junto a ellos, bajo la suprema dirección también del P. Elorriaga y con la ayuda que muchas familias gijonesas cedieron espontáneamente, brotaron las clases nocturnas, la escuela dominical y la escuela del hogar para obreras de la villa y del Natahoyo; la cantina escolar, que daba alimento diario, caliente y gratuito a los niños pobres, y las inquietas escuelas del Vergel, que hoy visita y catequiza el P. Leonardo Diego.

Todavía le quedó tiempo al P. Elorriaga para fundar las congregaciones de que antes se habló y la Juventud católica interparroquial con su centro en la calle de Cabrales, la segunda que apareció en España, para dirigir tandas de Ejercicios en Celorio y almas espirituales desde su confesonario de la iglesia de Begoña, y para predicar novenas y oraciones fúnebres, como la que organizaron en San Lorenzo con motivo del desastre de Melilla el año 1921 las fuerzas vivas de la población y que el orador aprovechó para fustigar la antisocial y antihumana inoportunidad de aquellas fiestas llamadas benéficas, que bajo el pretexto de recoger dinero con que enjugar lágrimas de viudas, huérfanos y heridos, llenaron de alegre despreocupación y aun de impúdico cinismo los clubs, casinos y otros centros de Gijón.

Toda esta múltiple y fecunda laboriosidad, si atrajo a Dios las almas y hacia el P. Elorriaga la edificación y el aprecio de las personas espirituales, desató

Alumnas de la escuela nocturna del Centro, antiguo sindicato de la Aguja, con D.^a María Díaz y otras Sras. Maestras.



contra él una persecución tan grosera como hiriente que sólo terminó con el definitivo traslado del P. Elorriaga a San Sebastián en 1931.

EQUILIBRIOS EN LA PERSECUCION

El incendio de la iglesia del Sagrado Corazón, su clausura y el léxico de cloaca y de burdel en escritos, soflamas tribunicias y aun cantares callejeros que mecía la cuna del régimen del 13 de abril, precipitaron la dispersión de la Residencia que se inició este mismo día.

Las congregaciones fueron a manos de los profesores del colegio de la Inmaculada, que había sustituido su labor pedagógica por labor social, y donde no pudo permanecer el pensionado se abrió una escuela gratuita para los niños pobres del barrio, cuya dirección llevó el P. Gómez del Castillo.

Los sindicatos de la Casa social entretanto, siempre en lucha contra dificultades a veces tan especiosas como irritantes, interpuestas por personas de buena intención, sin duda, pero de no tan buena cabeza, y sumergidos en el denso ambiente de hostilidad que exhalaban por sus cuatro costados los centros comunistas y comunistoides y las tres logias de Gijón, pasaron con su vida precaria y su porvenir siempre amenazado a la dirección de los PP. Emilio Martínez, Evaristo Gómez y Victorino Feliz, primero, y desde octubre de 1932 a la del nuevo Superior, P. Alfredo Martín, que rigió también una Juventud católica obrera y la asociación de Padres de Familia que entonces se fundó.

El régimen demagógico, al intentar ahogar en humo de incendios y sangre de crímenes la religión del Estado tenía que entorpecer toda labor apostólica y disolvió la Compañía de Jesús, pero no pudo impedir que ésta conservara la presencia suficiente para sostener la cohesión de sus obras predilectas, a pesar de aquella fuerza universal de disgregación que la antipatria supo diabólicamente imprimir a los auténticos valores nacionales.

Así las cosas, se presentó en Gijón el que sin soñarlo había de llevar a cabo una obra social originalísima y única, tal como la reclaman las necesidades del trabajador asturiano, de amplitud más que regional, de organización minuciosa y moderna, de éxito previsto y sin ninguna interferencia con la tupida y benéfica legislación obrera del nuevo régimen español, ya que esta actividad ejercida por medio de los Ejercicios espirituales de S. Ignacio iba a ser de carácter profundamente sobrenatural.

Era el P. Victorino Feliz, fundador y director del Apostolado social católico de Asturias.

FUEGOS ARTIFICIALES Y BOMBAS EXPLOSIVAS

Pasados unos meses en Celorio, donde dirigió repetidas tandas de Ejercicios a personas de varias clases sociales, el P. Feliz llegó a Gijón a fines de 1931 para presenciar aquí el ocaso de la Compañía de Jesús, que desaparecía oficialmente bajo el turbio horizonte republicano.

Al terminar el solemne acto religioso que con este motivo tuvo lugar en la iglesia del colegio de la Inmaculada: la del Sagrado Corazón se había cerrado casi un año antes, pronunció el P. Feliz, ante enorme concurrencia, sobre todo de antiguos alumnos, el sermón de despedida, al que siguió una de aquellas procesiones, aunque no una de tantas porque era ya la última y por eso la más conmovedora y vibrante, alrededor de aquellos claustros, relicario de las voces jubilosas

y de la devoción filial de cuarenta promociones escolares que todas las noches del 8 de diciembre, posando ante la imagen del jardín, envuelta en la luz policroma de un proyector, la saludaban con sus canciones, mientras las bengalas y antorchas, desde las manos de todos los colegiales, vertían a las tinieblas diminutas centellas y la rueda de inocentes fuegos artificiales clavaba en el fondo negro con estrellitas multicolores el anagrama de María, hasta que un racimo de cohetes, rompiendo en mil pedazos la fría serenidad de la noche, daba fin a todo.

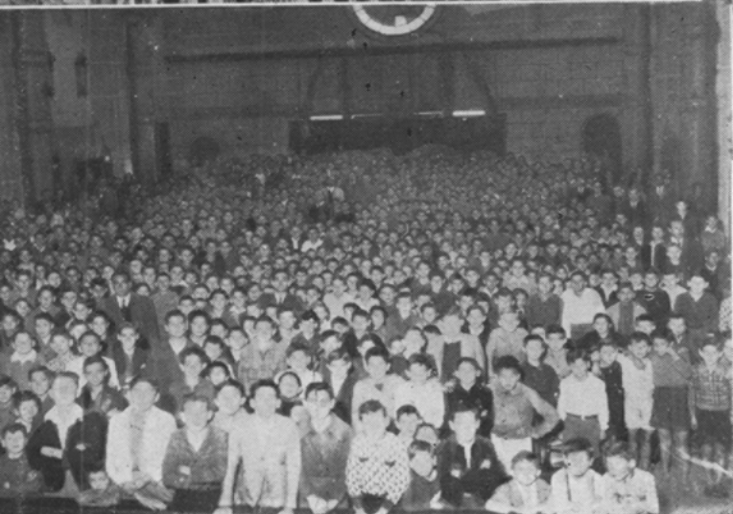
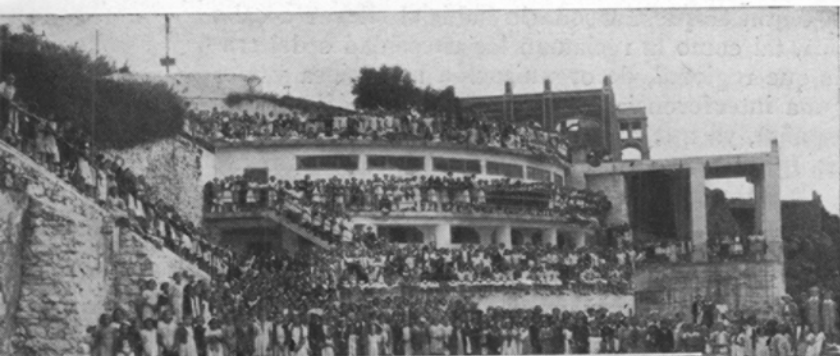
Fueron los únicos incendios y las únicas detonaciones que conoció aquella casa, remanso de piedad, de estudio y de alegría hasta que la República la convirtió en cárcel primero, en cuartel más tarde y en ruinas al fin; y substituyó el fuego de las antorchas por el de las ametralladoras, el ruido de los cohetes por el de las bombas de aviones marxistas, la lluvia de pétalos sobre la imagen de la Virgen por la aspersión con gasolina inflamable, y los cantos piadosos por los gritos feroces de los hijos de Lenin.

Pero volvamos a nuestro asunto. El P. Feliz se enargó inmediatamente de la Juventud femenina interparroquial, cuyas actividades comenzaron a manifestarse con un provechoso Círculo de estudio y conferencias; con el semanario "Acción", luchador como todos los de entonces, comprado más tarde por el partido Popular que lo incorporó a su prensa; con la escuela del hogar, que las mismas jóvenes daban en el salón Ideal y los catecismos parroquiales y en el Natahoyo, provistas las catequistas del título diocesano, previas las clases que les dió todo aquel curso el párroco de Perlorá D. Manuel González Pintado, activo y piadoso sacerdote, mártir después.

Aunque trasladado a su domicilio de Madrid en octubre de 1932, el P. Feliz volvió a Asturias los tres veranos siguientes; y con la cooperación del Padre Azpiazu que dió algunas clases y de los señores Fernández Ladreda, Moutas,

Noriega Llanos, de la Concha y otros organizó cursillos sociales para obreros y mujeres campesinas en Gijón, Oviedo, Mieres y La Felguera y otro para sacerdotes en Covadonga, donde dirigió algunas tandas de Ejercicios, lo mismo que en Oviedo y en Valdediós.

El día de la Juventud católica se celebraba en el teatro Dindurra de Gijón o en el solar de la "Santina", donde la autoridad republicana prohibió toda clase de discursos.



Arriba. Los niños del Catecismo, de merienda en el Club de Regatas.

Abajo. Los niños llenan nuestro templo para oír al P. Lamamié de Clairac.

El P. Laburu, que hizo también su aparición en Asturias durante los crueles años de la demagogia, aparte de los Ejercicios en Covadonga, organizados anualmente por la asociación de Padres de Familia, pronunció algunas conferencias en el salón Ideal de Gijón, en la catedral de Oviedo y en Mieres con el éxito imponente que sólo su nombre ya garantizaba.

A través de tales expansiones que la arbitraria tiranía de aquel régimen no pudo reprimir, germinaba el atrevido y previsor esfuerzo de la Compañía de Jesús por implantar las doctrinas sociales de las últimas encíclicas y se encubría la exuberancia futura de las dos instituciones mencionadas: el Apostolado social católico de Asturias y el Hogar de San José.

Complemento de toda esta labor con las clases humildes fueron las conferencias del P. Azpiazu después de la liberación, los retiros que durante los años de su gobierno dió mensualmente el P. Lamamié de Clairac a cuatro mil obreros y aprendices de la fábrica de Trubia, las clases nocturnas a las jóvenes obreras del antiguo sindicato de la Aguja que hoy se reúnen en una casa de la calle de San Bernardo, la fundación del colegio de Hijas de María Inmaculada para el servicio doméstico debida también al P. Lamamié y las conferencias semanales que, organizadas por el Frente de Juventudes, dan nuestros Padres en las fábricas de Gijón.

Típico y bullicioso ministerio, también de contenido social en esta Residencia, fueron los retiros mensuales a los niños y niñas de las escuelas públicas, inaugurados el año 1938 por el P. Argimiro Hidalgo en el teatro de los Campos Elíseos y proseguídos después en nuestro templo por el P. Lamamié de Clairac.

Cursada previamente la circular, los Sres. Maestros y Maestras acudían por separado con sus pequeños en la fecha señalada.

Era un espectáculo lleno de colorido y de animación el de este ejército infantil, que a veces pasaba de un millar de almas y henchía el templo con rezos, respuestas, cantos y gritos, dirigidos por el P. Lamamié que desde el púlpito, campanilla en mano, se hacía niño con los niños y se deshacía en cuentos, versos, preguntas, diálogos... que todo abunda en esa técnica viva, insuperable e inagotable de pedagogía catequística.

Los pequeños después, bajo la dirección de sus maestros y unos y otros con emulación de escuela, traían sus composiciones ilustradas con dibujos y gráficos, de verdadero arte algunos y de pulquerrimo gusto, al certamen anual que terminaba con el reparto de premios ante las autoridades locales en el salón del Instituto de Jovellanos y con una festiva cabalgata de los mandamientos y sacramentos vestidos de niños, entre príncipes y princesas del Catecismo, damas de honor y guardia noble, por las calles absortas de Gijón.

Al día siguiente la obligada excursión a Covadonga daba por concluido tan provechoso como regocijado curso catequístico.

El P. Losantos continúa hoy en nuestra iglesia este apostolado infantil.

UN HOSTAL Y UN HOGAR

Parece un sueño y parece un milagro, porque si nos lo dicen hace unos años no habiéramos creído que diez mil obreros de las más populosas empresas de Asturias y de todas las ideologías posibles acudieran en oleadas sucesivas y continuas al hostel Favila de Covadonga convertido en casa de Ejercicios, para oír allí, encuadrados en la severa ascética de S. Ignacio, los dogmas de nuestra religión y sus consecuencias morales.

El espíritu cristiano y la esplendidez sin igual de las empresas asturianas

hizo del sueño realidad, el milagro lo hizo Dios: pasan de diez mil esos obreros. A fines de 1939 empezaron las tandas, dirigidas por el P. Feliz, y ya son cuatro cada mes. Activo colaborador de la obra fué algún tiempo el P. Fernández Reyero.

Los Sres. Capitulares y los asturianos de aquende y allende el Océano sentirán redundar su satisfacción al ver que la quintana grandiosa y señorial que ellos levantaron, precisamente para facilitar el acceso a Covadonga de los peregrinos humildes, hospeda cada mes a tan nutridas, continuas y ansiadas peregrinaciones.



La banda del Hogar de San José abre la marcha en una procesión.

Nada inédito podemos decir de este Apostolado social católico de Asturias que cada año en una Memoria registra sus estadísticas y efemérides principales: tandas de Ejercicios, conferencias en las cuencas mineras y centros fabriles, concentraciones de obreros y obra de perseverancia a la que se camina con paso tranquilo pero seguro.

En el verano de 1941 llegaba a Gijón el P. Máximo González para dirigir a los congregantes de la Inmaculada y S. Estanislao.

Idas y venidas desde la Residencia al local de la Congregación; arrapiezos por la calle medio desnudos y de rostro despabilado por el hambre. El P. Máximo dialoga con ellos:

—¿Cómo te llamas? ¿Cuántos años tienes? ¿Dónde trabaja tu padre?

A estas preguntas responde siempre en aquellas oquedades un eco tan espontáneo como agrio y desgarrador.

—“Vete al Salón de los kostkas” —era la conclusión compasiva e invariable del P. Máximo.

Allá van llegando; los congregantes les enseñan el catecismo y primeras letras. Peco después y sostenida por el Centro social de la calle de Cabrales se abre una escuelita con su maestra proporcionada por D.^a María Díaz, que acude también.

Pero si era útil llenar la cabeza de letras, era vital llenar de otra cosa el

estómago. Bien lo sabía el P. Máximo que entretanto trabajaba hasta lograr que el Sr. Alcalde de Gijón, las Hijas de María del colegio de las RR. MM. Asuncionistas y la Juventud femenina de S. Lorenzo, cuyo ejemplar *Ecónomo* contribuiría con una sólida aportación mensual, tomaran bajo sus auspicios a aquel centenar de niños hambrientos que el 21 de octubre de 1942 celebraba la liberación de nuestra villa inaugurando un comedor en la calle de Covadonga. Estaba dado el primer paso.

Todos allí eran huérfanos o abandonados y todos padecían grave necesidad, que esas son las condiciones de ingreso en el Hogar de S. José.

SEMINARISTAS, CRUZADOS Y ROMEROS

Con el número de asistentes aumentaron en los chicos las apetencias y en el P. Máximo las aspiraciones; y así el año siguiente, en octubre, la escuela se trasladó a los locales de la fundación Revilla-gigedo del Natahoyo; y en un piso cedido por el Ayuntamiento, que ha cubierto siempre con incondicional protección al Hogar de S. José, empieza el internado. Seis niños que dormían en los trenes y portales estrenan las camas regaladas por familias de Gijón. Cuando se entera la Dirección General de Prisiones las manda en abundancia. Lo demás ha ido viniendo poco a poco, gracias a la protección del Santo titular.

Por el Hogar de S. José han pasado ya unos seiscientos niños; hoy cuenta con ciento veinte internos y sesenta externos. Los mayores van a la escuela obrera de la Congregación de S. Luis o a las clases de la fundación Revilla-gigedo; unos ciento, colocados ya, se ganan el pan con su honrado trabajo y otros tres cursan la carrera sacerdotal en la escolanía de Covadonga, donde crecen sanos y piadosos, bajo la mirada complaciente de la Patrona de Asturias.

El coro del Hogar de S. José ameniza los cultos más solemnes de la iglesia del Sagrado Corazón y recorre pueblos y villas durante las fiestas y romerías populares, gana cada año el concurso de villancicos y con su repertorio folklórico se presenta discretamente en el teatro Jovellanos.

La banda de cornetas y tambores, con vestidos de cruzados medievales, toma parte en procesiones, desfiles y cabalgatas.

Las familias y entidades asturianas conocen y protegen al Hogar de S. José, cobijado ya por un Patronato cuyos estatutos caminan hoy hacia la aprobación oficial; la Dirección General de Prisiones lo tutela generosamente desde sus comienzos; el Ministerio del Trabajo y el Excmo. Sr. Frontera de Haro, Gobernador civil de la provincia, garantizan su continuidad con locales magníficos de inmediata perspectiva; nuestra Residencia, por la abnegación que la obra reclama y por la simpatía popular que desde el principio se atrajo, la coloca entre sus más originales aciertos, y el P. Azcona, Asistente y Visitador de las Provincias de España, lo alienta y lo bendice. No es en Gijón sólo: es en Valladolid, es en Vigo, es en Andalucía... donde la Compañía de Jesús, con estos Hogares, recoge y educa a la niñez desamparada.

Institución de fines tan humanitarios y sociales, sigue su camino bajo el cuidado cariñoso y señero del P. Máximo, único fundador y principal sostén humano de esa obra, y la protección de S. José, refugio continuo de los moradores de ese Hogar.



Por las calles de Gijón desfilan Principes y Princesas del Catecismo.

V. Apostolado de liberación.

BANDERAS Y CLARINES

Con aquel luminoso y alegre amanecer de la Patria madrugó también, como dijimos, nuestro templo, en atuendo sucio y maltratado como el de los hombres de las trincheras, pero con fresco optimismo matinal al encontrarse después de su cruel pesadilla frente a los horizontes limpios y primaverales que iban nuestras armas ensanchando.

Previos los elementales servicios de asepsia que el asalto de las turbas, el incendio y los años sórdidos de aquel marxismo recién enterrado exigían urgentemente, el templo con sus manos, ahumadas aún, empujó las batientes de sus puertas y dió paso ancho a aquellas banderas españolas que se dirigían al presbiterio para alfombrarlo durante la Elevación, y rendirse ante Jesucristo Sacramentado, ellas que jamás se rindieron en el frente de batalla. Detrás avanzaban los uniformes y clarines de soldados y milicias que con autoridades y pueblo venían a la Misa del domingo, a la de la Patrona, a los funerales por los caídos del S. E. U. y a los vibrantes "Te-Deum" de liberación siempre que una nueva capital redimida empujaba las fronteras de la España de Franco más allá de aquel terco y ridículo "no pasarán" de la inútil resistencia marxista.

Entretanto, los Padres por cuarteles, hospitales, comedores de Auxilio Social y cárceles departían con los soldados, los heridos y los niños, y bajo la dirección del P. Joel Campos, capellán de la prisión del Coto, equipaban para el tribunal de Dios a los condenados por el tribunal de los hombres.

Con las modalidades enseñadas por la experiencia y exigidas por el nuevo estilo, se restablecían las antiguas congregaciones, las antiguas costumbres.

Después de liberado quedaban pocos templos en Gijón; por eso el P. Alfredo Martín, Superior en los años más difíciles de esta Residencia, que los tuvo tan difíciles, consiguió licencia para la exposición diaria del Santísimo Sacramento durante las últimas horas de la tarde. Devota costumbre que atrae bastante gente a nuestra iglesia y que hasta hoy perdura.

Además se establecen indefinidamente los cultos anuales de reparación por el incendio del 15 de diciembre de 1930, el triduo a la Reina de los mártires en octubre, aniversario de la liberación, y la novena de la "Santina", que el P. Pascual Arroyo predica por primera vez en 1938.

"SAETAS" EN LA CALLE CORRIDA

Varias manifestaciones públicas de fe y piedad que rebasaron la órbita ordinaria se sucedieron en el año 1938, organizadas y dirigidas por los Padres de la Compañía de Jesús.



El Viacrucis subiendo al cerro de Santa Catalina.

El Santo Cristo de la Paz, anatómica escultura de Blay, que salió perseguido tenía que volver a Gijón en triunfo.

La imagen, no enhiesta sino al sesgo, iba envuelta en la luz de los reflectores, seguida por las cornetas de Falange y aclamada continuamente por el irrefragable fervor religioso de aquella muchedumbre, que de pie o de rodillas rompía a gritos el silencio con "saetas" de afecto y de perdón, que se derbordaron al entrar el Santo Cristo en la calle Corrida.

Presidieron el delegado de S. S. Mgr. Antoniutti, el Alcalde y Ayuntamiento bajo mazas y con pendón, los Gobernadores civil y militar y las restantes autoridades de la provincia.

Se siguieron sendas comuniones generales para los heridos, para el pueblo y para los niños en el triduo predicado en nuestra iglesia por el P. Lamamié de Clairac, con la oportunidad, elocuencia y entereza que él guarda para estas festividades.

Definitivamente instalado en la iglesia, el Santo Cristo de la Paz recibirá pronto a sus pies en perpetua guardia de honor a cuatro de nuestros mártires, sepultados ya bajo el marmóreo pavimento de su altar.

Antes de pasar adelante tenemos que registrar y agradecer aquí la actitud de nuestro Alcalde D. Paulino Vigón y de todo su Ayuntamiento, en servicio incondicional y espontáneo ante estas expresiones religiosas, no sólo para presidirlas sino para ayudar a sufragarlas.

El Ayuntamiento construyó la carroza para el Santo Cristo; puso siempre a nuestra disposición jardineros, músicos y cuantos empleados y obreros se necesitaron; facilitó medios de transporte y dispensó recargos y exacciones municipales. Sólo así pudieron tener lugar estos actos en aquellos tiempos de guerra y de enjuto presupuesto.

EL VIA CRUCIS DEL MURO Y EL VIA CRUCIS DEL CERRO

En desagravio de las ofensas que se le hicieron al Señor durante la dominación roja y para pedirle el triunfo definitivo de las armas españolas, todavía en pie de guerra, el Apostolado de la Oración organizó un Via Crucis de penitencia, que dirigió con su acierto acostumbrado el P. Pascual Arroyo y partió de la Plaza del Generalísimo a las cinco y media de la mañana del día 22 de junio de 1938 hacia el cerro de Santa Catalina, donde tantos buenos sufrieron por Dios y por España.

Poco antes de la hora, todas las bocacalles del perímetro y todos los tranvías del servicio extraordinario que se organizó volcaban sobre la ancha plaza, todavía a media luz, centenares de personas que al llegar miraban con ojos atónitos tan enorme concurrencia. La plaza es grande y Gijón más grande aún; sin embargo, todo el pueblo estaba allí mezclado con sus autoridades en suprema y religiosa sencillez, pues no hubo sitio de preferencia para nadie.

Las ruinas de S. Pedro tenían que señalar una de las estaciones: frente a ellas la muchedumbre se arrodilla llorosa para reparar la profanación desoladora de nuestro primer templo parroquial, que ya no era sino piedras en desorden.

Y los gijoneses recordaban que por allí también se recorría antaño otro Calvario ante aquellas cruces de piedra, hoy derrumbadas, que desde el porche de San Pedro iban a lo largo del muro para terminar junto al antiguo edificio de la Pescadería.

“Jamás se vió en Gijón —afirmaba un periódico al día siguiente— una prueba de religiosidad tan expresiva por su grandiosidad y por el fervor religioso que en todo momento constituyó su característica.”

Según opinión del mismo diario, más de quince mil personas había aquella mañana en el cerro, donde se distribuyeron unas seis mil comuniones.



Al fin del Viacrucis, varios sacerdotes distribuyen la Sagrada Comunión.

En octubre se cumplía el primer año de nuestra villa liberada. Ninguna fecha tan a propósito para consagrarla al Corazón de Jesús e inaugurar por segunda vez su imagen marmórea en el monumento frontal de nuestra iglesia, amputado por la rústica impiedad roja.

Hechas las debidas reparaciones, como queda dicho, el Ilmo. Sr. Obispo D. Manuel Arce, bendijo la estatua, mientras veinte bombas reales desgarraban el espacio. A continuación, el P. Remigio Vilarriño desde el atrio dirigió breves palabras a la muchedumbre.

El triduo que se siguió lo predicaron los PP. Lamamié de Clairac e Ibero. Y el día 21 de octubre en nuestra iglesia el alcalde, D. Paulino Vigón Cortés, según acuerdo adoptado por la gestora municipal, consagraba la villa al Sagrado Corazón de Jesús con la fórmula que él mismo compusiera y que se conservó en pergamino miniado en una de las salas de visita de esta residencia.

DEL 718 AL 1939

Otra manifestación espontánea de su fe religiosa la dió nuestro pueblo en junio de 1939 cuando volvió a su gruta solariéga la Virgen de Covadonga. Supo también la "Santina", por no ser menos que otros asturianos, de despojos y exilios. A París la llevaron y aunque no quiso pasar de la Embajada de España ¿qué iba a hacer en París ella que nunca salió de su aldea, ni conoció más tapices, ni alfombras, ni artesonado que la yedra, el césped y la roca de una cueva de las montañas de Asturias?

Por eso volvió en cuanto pudo.

Desde Irún fué recibiendo los máximos honores militares concedidos por el Caudillo, y los homenajes de Guipúzcoa, Burgos, Valladolid y León. Pero al llegar al puerto de Pajares, toda su patria chica que la sabía asturiana se adelantó con sus autoridades y comisiones para conducirla en un triunfo sin plural hasta su cueva, en el corazón de nuestras montañas, que ese es el sitio que le señaló la Providencia y donde ella está más a gusto.

Llegó a Gijón. La mañana gris se encendió en fiesta y sacó banderas y colgaduras a todos los balcones, puso en vértigo las campanas de todos los templos y las sirenas de todos los barcos y echó a la calle hombres, mujeres y niños para presenciar el espectáculo único: la visita de la "Santina", que recorrió las calles con su sencillez de mujer asturiana y su aristocracia espiritual de Madre de Dios.

En su corona, a uno y otro lado del escudo nacional, se leían dos fechas cruciales: 718 y 1939, separadas por una fosa de tiempo más que mil naria pero unidas por el hilo de la devoción de España a la Madre de Dios.

La Virgen de Covadonga se detuvo unos días en las parroquias, y por fin, bajo su palio de honor, vino a la iglesia del Sagrado Corazón acompañada desde la Colegiata por todas nuestras congregaciones.

Durante el triduo, presidido como siempre por nuestro alcalde y su ilustre ayuntamiento, la iglesia, incapaz de tanta gente se vió ampliada con los altavoces hasta las calles próximas donde los fieles de rodillas seguían el rosario y los sermones, predicados con elocuencia que nunca envejece por el P. Elorriaga, entre nosotros entonces, oían los cantos piadosos del orfeón gijonés de Embil y formaban después en filas sin término para besar una medalla suspendida de la mano de la Virgen asturiana.

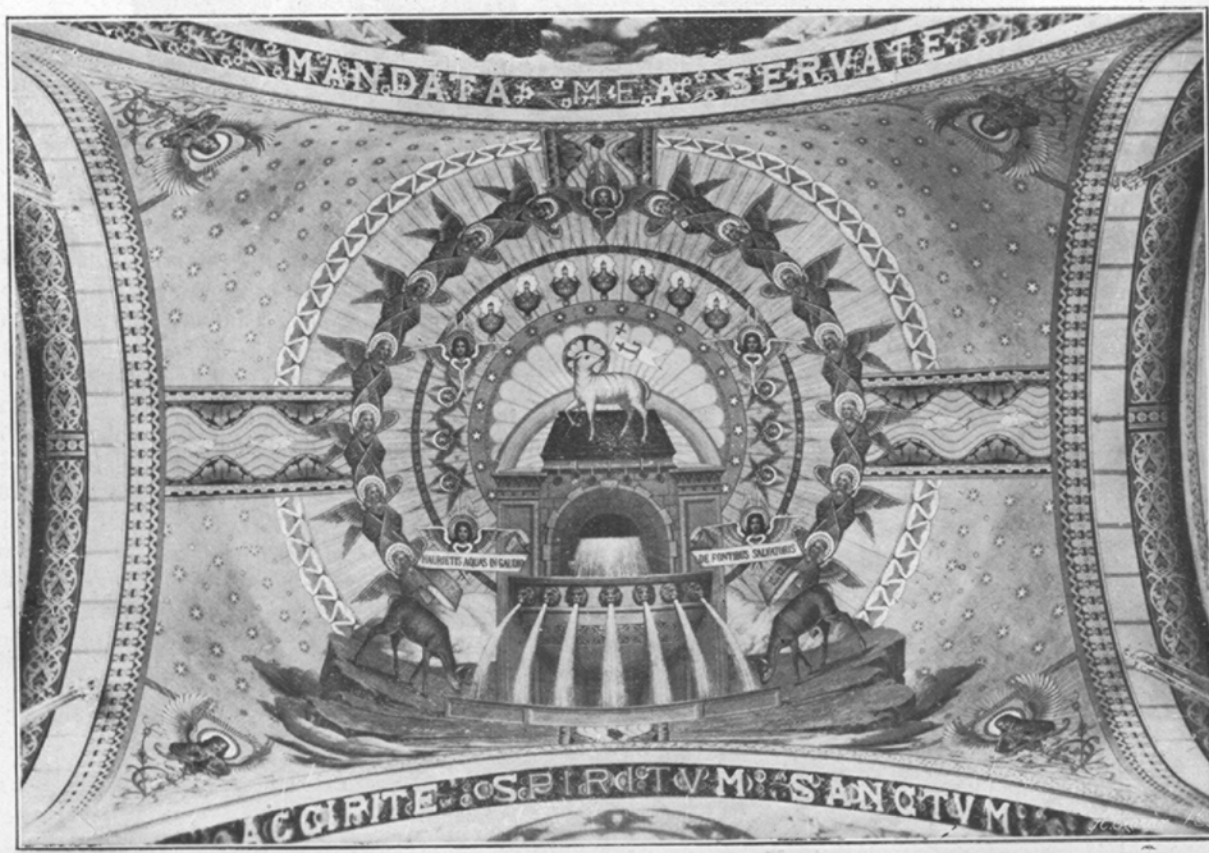
El primer día del triduo hizo la ofrenda a la "Santina" por los Caballeros de Covadonga su Presidente D. Gumersindo Junquera; el segundo por las Damas la Secretaria D.^a María Josefa García de Patac, y el tercero por los jóvenes el Presidente de la Congregación de la Inmaculada y S. Luis, D. Enrique Gabiñáu Molas.

Mientras paseaba aquellos días por las rutas más radiantes de Gijón, la Virgen divisó unos muros de piedra cenicienta y partida que se erguían sobre un campo de escombros. Eran los de su antiguo y fiel colegio. Ella lo sabía todo y por eso no quiso marcharse sin hacer antes una visita al "Simancés". Entró allí la última noche; por el camino se había rezado el santo rosario y entre las ruinas se cantó una Salve.

Al volver, este pueblo de tal modo la aclamaba y apretujaba que no la dejó llegar a la Colegiata hasta las dos de la madrugada. A la puerta se había instalado el altar para la misa de comunión de aquella torrencial multitud que no cabía en ninguna iglesia, pero que por el mal tiempo se dispersó y llenó la nuestra, donde se rindió el homenaje final de Gijón a la Virgen de Covadonga. Algunas de nuestras congregaciones la acompañaron después hasta Candás.



Un detalle de la decoración del templo.





**Detalle de la imagen de San Ignacio regalada por nuestras
Congregaciones el año jubilar de la Compañía de Jesús.**

VI. Hoja final de servicios.

NOS LEGAN "LA GLORIOSA EJECUTORIA DEL MAÑANA"

EL 20 de octubre de 1939 era nombrado Superior el P. Juan Lamamié de Clairac, que portaba entre sus proyectos inaplazables el de abrir a ultranza el colegio de la Inmaculada.

La República lo cerró en 1931 y en la cuesta de Ceares yacía desarbolado el edificio sin otro valor material que el de sus escombros, pero como efígie bien intuitiva del heroísmo, tallado en piedras ennegrecidas, y como estímulo bien cotizable en pedagogía por haber preferido sucumbir a entregarse.

Si los maestros de primeras letras presentan a sus párvulos las figuras de cartón para enseñarles los elementos de la geometría: esto es un cilindro, esto es un prisma..., en adelante los profesores del colegio de la Inmaculada, cuando quieren explicar a sus discípulos elevados conceptos de historia de España, de psicología cívica o de deberes éticos, no tienen sino mostrarles la maqueta del edificio en ruinas y decirles: esto es honor, esto es heroísmo, esto es patriotismo...

El P. Lamamié, con su viveza característica se puso en movimiento, decidido a no parar hasta que aquellos venerandos escombros volvieran a sus antiguos dueños.

Empezó por recoger y dirigir los anhelos de antiguos alumnos y entidades locales que clamaban por el tradicional colegio, promovió después una fuerte campaña de prensa, buscó el apoyo que los Superiores de Roma podían con eficiencia interponer ante el Estado español, hasta que el día de San Ignacio de 1940 elevaba una solicitud para pedir formalmente la devolución de las ruinas del cuartel de Simancas.

Siguió un año de forcejeos y solución de dificultades; pero convencidos todos de que la mejor manera de immortalizar la hazaña de aquel "Tercio Viejo Napolitano" que nos legó "la gloriosa ejecutoria del mañana", en frase del Caudillo, era dedicar lo que fué su cuartel y es su tumba a vivero de futuros defensores de España y mártires de Dios, en julio de 1941 el Sr. Director de Regiones Devastadas escribía atentamente al P. Superior, le entregaba el solar y a la vez le proponía construir en el jardín de entrada un monumento, en la iglesia una cripta y en las aulas un museo y biblioteca que recuerden a grandes y pequeños el gesto sin par de aquellos



El P. Juan Lamamié de Clairac, Superior durante los años victoriosos de Franco.

hombres, cuyos funerales han de repetirse solemnemente el 21 de agosto de cada año; y que los "alumnos y exalumnos se convierten en fieles y entusiastas guardianes de dicho monumento, cripta y museo".

Nada más grato para los que se precian de tener por Padre y Fundador a un oficial de los ejércitos castellanos.

La iglesia está reconstruida y el nuevo edificio rompe ya su corteza de escombros y sale a flor de tierra.

El 1 de octubre de 1940 con ciento diez niños en la casa que ocupó la academia Covadonga, traspasada al colegio, se inaugura éste. El Sr. Obispo bendice la capilla y en la Residencia se reúnen los antiguos alumnos en un sencillo desayuno después de la misa del Espíritu Santo inaugural.

Así empezó el colegio de la Inmaculada el segundo período de su vida a los cincuenta años de su fundación. Los arbitrarios ucases de aquella República de horea y cuchillo, y las feroces embestidas del marxismo echaron por tierra sus viejos muros, pero no han podido impedir que vuelva a ser lo que fué aquella casa, cuya solvencia espiritual, a prueba ya de bombas, se robustece ahora que surge sustentada por huesos de héroes y hunde sus cimientos en tumbas de mártires.

Los colegiales, mientras no dispongan de local a propósito, seguirán honrando con su asistencia el templo del Sagrado Corazón en peculiares solemnidades: novena de la Inmaculada, flores de Mayo, últimos votos, primeros viernes...

En 1940 recuperaba también el P. Superior el Centro de acción social católica, a donde se trasladará pronto el colegio, y la fundación Revilla-gigedo, convertida hasta entonces en hospital.

Así volvían ya a sus antiguos dueños todas las casas de que la República los despojó.

El templo se va restaurando después de la liberación.



UN CENTENARIO SE ABRE Y SE CIERRA

Estos hechos fueron digno homenaje a la Compañía de Jesús en el centenario de su constitución canónica, que venía con el 27 de septiembre de 1940. Pero esta efeméride reclamaba una conmemoración peculiar.

Efectivamente, el P. Feliz en tres charlas por radio expuso la labor de la Compañía de Jesús en el mundo a través de su existencia cuatro veces centenaria. Las fiestas del triduo se dedicaron a los santos Confesores, a los santos Mártires y al Sagrado Corazón de Jesús, con oración sagrada a cargo de los RR. PP. Provincial y Superior y del Ilmo. Sr. Obispo de la diócesis, que celebró de Pontifical el día 29. Los párrocos de la villa dieron la bendición por la tarde y en recuerdo perenne de esta solemnidad las congregaciones de nuestra iglesia dedicaron a los Padres un pergamino que se conserva en una de las salas de la portería.

Como clausura de las fiestas centenarias, el 26 de septiembre de 1941 empezó el triduo solemne para la traslación de los restos de nuestros mártires al templo del Sagrado Corazón.

Faltaba el P. Jáñez cuyo cadáver no se pudo encontrar. El P. Emilio Martínez y el H. Arconada, traídos el día anterior desde el cementerio de Miéres, yacían en nuestro panteón de Ceaes junto a los PP. Nemesio González y Agustín Fernández.

En cuatro urnas de cinc, forradas de rica tela, son conducidos los restos por caballeros, jóvenes y obreros.

Dos Prelados, el de la diócesis y el de Calahorra, presiden desde el cementerio la manifestación que, rezando el rosario, baja al pasco de Begoña, donde el Orfeón gijonés entona un solemne responso. En nuestra iglesia predica el Padre Ibero, y mientras se inhúman las piadosas cenizas se canta el Via Crucis, devoción que tanto gustaba al P. Nemesio González.

Al día siguiente, 27 de septiembre, por la mañana, predicó el elogio fúnebre el M. I. Sr. D. Clodoaldo Velasco, Magistral de León.

Y el domingo 28 celebra de Pontifical el Sr. Obispo de Calahorra, que por la noche, en un magistral sermón, comenta la carta de S. S. Pío XII al R. P. General con motivo del cuarto centenario de la Compañía de Jesús.

EN EL TEMPLO "LAS FLORES DE LA PAZ"

La congregación de Caballeros de Covadonga r anuda sus retiros con propaganda por prensa, radio y carteles murales, y el 16 de enero de 1938 se amplía con la rama de señoras. Una imagen de la "Santina", igual a la que siete años antes fué profanada en el incendio, recorre en triunfo calles y plazas; a mediodía entra en nuestra iglesia, donde el M. I. Sr. Magistra de Covadonga, D. Samuel F. Miranda la saluda en nombre de aquella muchedumbre, loca de entusiasmo al contemplar lo que no se veía en Gijón desde varios años atrás: una manifestación religiosa. Con un triduo, predicado por los PP. Alfredo Martín y José Campos, inaugura entonces sus cultos la congregación de Damas de Covadonga, que en octubre de 1939 daba autonomía a la sección de señoritas llamadas "Covadonguinas".

Procuran estas congregaciones celebrar con el más encendido esplendor las fiestas de Mayo y la novena de la "Santina", su Patrona; las comuniones son generales y frecuentes los rosarios matutinos, que a veces terminan en el "Simancas" en alguna de las parroquias.

El 18 de septiembre de 1939 el Sr. Obispo, hoy Cardinal Arce Ochotorena, impone en la gruta de Covadonga la medalla a la Presidenta de Honor, excelen-

tísima Sra. D.^a Carmen Polo de Franco ante una representación de la Junta Directiva, compuesta por D.^a Concha Domínguez Gil, D.^a Dolores del Campo y D.^a Manolita Soto.

Seis años después, el 8 de septiembre de 1945, ante su altar, aquel día inaugurado en nuestra iglesia y durante la Salve de la tarde, la nueva imagen puede contemplar, humildemente arrodillada a sus pies, a la misma dama ovetense doña Carmen Polo y a su amable hija.

“Cuando (España) recoja las flores de la paz sabe que aquí tiene el templo para colocarlas”, dijo una vez en Gijón el Exmo. Sr. D. Francisco Franco.

Tan ilustres personas no quisieron marchar de esta villa sin visitar nuestra iglesia para postrarse ante esa Virgen de las Batallas, que tantas veces guió el brazo de nuestro Caudillo, y que lleva en su rostro todas las gracias y en sus manos todo el ser de esta patria asturiana, pedazo sin sutura de la gran patria española.

Como tributo de la Residencia a los homenajes que aquí se han organizado los últimos años a la Madre de Dios, podemos citar el triduo que el P. José María Gómez predicó, previo a la consagración de nuestra villa al Sagrado Corazón de María, hecha por el Sr. Obispo en la Plaza Mayor en junio de 1943; la participación en las fiestas marianas de octubre de 1944, con pregón por radio del Padre Lamamié, cabalgatas de niños y rosario de hombres; y las procesiones, de hombres y de mujeres, desde S. Lorenzo hasta S. Pedro el día de la Inmaculada de 1945, dirigidas por el P. Losantos.

En septiembre de 1945 el nuevo Superior, P. Manuel del Portillo, llega a punto para preparar las fiestas centenarias del Apostolado de la Oración, que tienen lugar el mes siguiente.

Durante una semana se suceden los cultos: comuniones generales, procesión de niños, consagración y manifestación final por las calles con alocución del P. Superior. Por el trayecto, los aparatos de radio, desde el balcón de todas las casas vuelcan a la vía pública las canciones piadosas que el P. Losantos dirige desde el local de la emisora.

MISIONES Y MISIONEROS

El P. Lamamié de Clairac, al llegar a Gijón, acababa de recorrer las principales cuencas mineras de Asturias en misiones clamorosas. Le faltó tiempo para organizarlas también en nuestra villa.

Inauguradas por el Sr. Obispo el 11 de febrero de 1940, primer domingo de Cuaresma, duraron cinco semanas y se transmitieron a todas las plazas y rincones por los altavoces que aún se conservaban desde los días de la liberación.

Con el éxito de costumbre discurrieron todos los actos, que culminaron en la procesión de penitencia, al fin de la semana, dedicada a los hombres. Catorce cruces: la del Ejército, la de la Marina, la de los obreros, excautivos... atravesaron aquella noche las serenas calles de Gijón, festoneadas a uno y otro lado por los tímidos destellos de los cirios que parpadeaban en los balcones, donde las vocécitas temblorosas de las mujeres hacían eco a los fuertes cantos de penitencia que subían de la calle.

Una arenga del P. Lamamié en la plaza del Carmen dió fin al acto.

El mismo P. Lamamié y el P. Tomás Barreira, veterano misionero rural, no han cesado de recorrer estos años los pueblos de Asturias y de las regiones afines.

En octubre de 1940 tuvo lugar en nuestra iglesia la despedida de los Padres Juan García Castañón y Antolín Cámara, que iban a China. El último fué víctima ya de rápida enfermedad que le hundió prematuramente en el sepulcro.

El Sr. Arcipreste les impuso los Crucifijos y en el cine Avenida se proyectó la película "Tatín", con otras escenas y motivos exóticos, comentados por el P. Fernández Castro, que no cesa de recorrer la región asturiana en vertiginosas campañas de propaganda misionera.

Y el día de Santo Tomás de 1944 la Cruzada misional de estudiantes (sección de Asturias) termina su desfile por las calles de Gijón con un acto en nuestra iglesia, donde el director diocesano, D. Amador Jueas les dirige la palabra y renueva la consagración a los Sagrados Corazones de Jesús y de María.

En agosto del mismo año, el dominico Fr. Manuel Tuya, antiguo alumno del colegio de la Inmaculada, ante gran concurrencia que llena el templo, trata de orientar las ideas y los ánimos, entonces despolarizados por una mal disimulada propaganda con motivo de la limosna al Papa.

El P. Superior y varios caballeros postulan al fin, y más de tres mil pesetas van a engrosar el donativo destinado a Su Santidad.

El 24 de septiembre de 1945, cumplidos los años canónicos, cesa el Padre Lamamié.

Con este motivo un periódico de Gijón escribía: "No se por qué gustaba tanto de Asturias el P. Lamamié de Clairac, pero es lo cierto que Asturias y él eran *dos para uno*."

Su celo, celo apostólico, fertilísimo en iniciativas; la fulmínea resolución con que acomete las empresas; su audacia ante las dificultades; la plasticidad de su trato con niños y grandes; la movilidad irreprimible de una perenne juventud, y su palabra fácil, pintoresca, oportuna siempre, incisiva a veces, eran cualidades que se adaptaban armónicamente con las dotes temperamentales del asturiano que es soñador, abierto, decidido, inquieto, jaranero, activo, desenfadado y derrochador."

Y después de resumir su labor al frente de la Residencia, terminaba: "¿qué no hacía el P. Lamamié y qué no se le ocurría a ese hombrecillo moreno, valetudinario, siempre a régimen, de ademán rápido, de aspecto trivial pero de corazón grande, de palabra elocuente y de fervor apostólico?"

Le sustituye, como dijimos, el P. Manuel del Portillo, hombre iniciado desde su juventud en toda clase de trabajos apostólicos y maduro ya en cargos de gobierno.

"CAMINAN SIEMPRE JUNTAS EN LA HISTORIA"

He aquí, a través de embarazosas palabras, la historia del templo y de la casa de la Compañía de Jesús en Gijón.

No queremos terminarla sin subrayar una incidencia cuyo alcance trascendente la pone al margen de toda concomitancia casual.

Este templo, primera víctima de los enemigos de Dios, eternos enemigos de España, puede presentar hoy con orgullo en su hoja de ser-

El R. P. Manuel del Portillo, actual Superior de la Residencia de Gijón.



vicios una ejecutoria que ella misma se alaba al no admitir ni por un solo día sincronismo alguno con el régimen más tenebroso, sanguinario e incendiario que rasgó la carne y quiso destrozar la tradición de nuestra Patria.

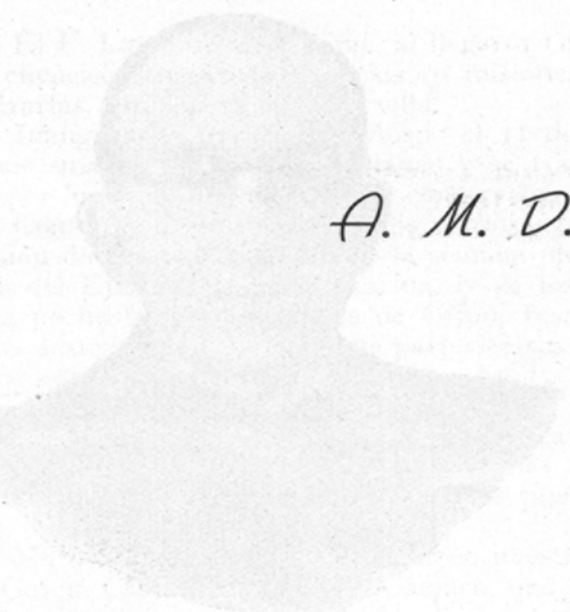
Le costó la prueba del fuego y a sus sacerdotes la del martirio. Pero ya sabemos que N. S. Jesucristo, como consuelo preventivo contra las futuras persecuciones, decíaraba a sus apóstoles: "En eso conocerán que sois de los míos", y San Ignacio las pedía para su Orden. Por eso el templo del Sagrado Corazón puede rechazar todo recelo y creerse resueltamente de Cristo y de Ignacio.

Y por lo mismo de España. No le faltan ensueños de superación, ya que las aspiraciones por la gloria divina nunca dicen al apóstol basta; pero tiene ya mucho camino adelantado al arrancar de su incoercible y único punto de partida.

Nuestro templo fué prisión y hoy es cripta de héroes, como el colegio de la Inmaculada, ayer reducto es ahora escombrera y es sepultura. Pero uno y otro, de tal modo se hicieron solidarios ya con el solar y la historia de España, que en adelante todo el que atraviere los caminos más luminosos de nuestra tierra o relea las efemérides más heroicas de nuestros anales tiene que topar con ellos. No se podía esperar otra cosa del carácter tan español de la Orden por S. Ignacio fundada ni de la tradición católica de nuestra Patria.

Hechos tan imponentes harían exclamar al nuevo Estado por uno de sus ministros y en documento oficial: "La Compañía de Jesús y España caminan siempre juntas en la historia."

Juntas siempre y juntas hoy bajo el mando temporal de ese Caudillo, que Dios guarde, escogido como los de Israel y que con tan inspirado tino viene conduciendo la nao española por el mar de escollos del mundo actual; y bajo la mirada complaciente de ese Señor, que si protège a España desde los escombros del Cerro de los Angeles, preside y aienta también desde su alto pedestal de la calle de Jovelanos en Gijón, la actividad de esta Residencia de la Compañía de Jesús, al servicio incondicional del porvenir eterno de Asturias y de los asturianos.



A. M. D. G.

PP. SUPERIORES

de la Residencia independientes del Colegio.

PP. RECTORES

del Colegio de la INMACULADA, del que dependió la Residencia.

PP. MINISTROS DE LA RESIDENCIA

subordinados al Rector del Colegio.

• • •

• • •

• • •

P. VALENTÍN RUIZ DE
VELASCO
(1882-1889)

C. de Villaviciosa, 24
Los Morales, 26

P. DOMINGO M.^a LANDA
(1889-1890)

P. DOMINGO M.^a LANDA
(1890-1898)

P. RAMÓN M.^a VINUESA
(1898-1903)

P. BUENAVENTURA
RECALDE
(1903-1909)

P. CESÁREO IBERO
(1909-1915)

P. BALTASAR IRIGOYEN
(1915-1919)

P. CESÁREO IBERO
(1921-1927)
instituto, 40

P. JOSÉ M.^a
PARTEARROYO
(1927-1930)

P. PASCUAL ARROYO
(1930-1931)

P. ALFREDO MARTÍN
(1932-1939)
Concepción Arenal, 3, 1.^o
Cabrales, 47, 2.^o
Hospital de Caridad
Fernández Vallín, 4, 2.^o
Begoña, 78, 1.^o
Instituto, 40

P. JUAN LAMAMIÉ
DE CLAIRAC
(1939-1945)

P. MANUEL DEL PORTILLO
(1945)

P. SANTIAGO GARAY
(1896-1898)
Convento, 4, 2.^o

P. NICETO ARÓSTEGUI
(1898-1904)
Merced, 15
Trinidad, 18, 3.^o
Instituto, 40

P. ANTONIO LA RÚA
(1904-1912)

P. CESÁREO IBERO
(1915-1921)
Instituto, 40

P. CLAUDIO GARCÍA
HERRERO
(1919-1922)

P. VALERIO AGÜERO
(1930-1932)
Hospital de Caridad.

NECROLOGÍA

Por L. Diego, S. J.

I. El fundador de la Residencia.

P. CESAREO IBERO Y ORENDAIN

NACIÓ en la villa de Azpeitia (Guipúzcoa) el 31 de octubre de 1864 y murió en Bilbao el 25 de abril de 1942. Ingresó en la Compañía de Jesús, no cumplidos aún los 16 años, en el Noviciado de Loyola. Fueron cinco hermanos jesuitas, cuatro ya en la Compañía triunfante.

Terminados sus estudios de latinidad y en Oña los de Filosofía, fué profesor e inspector de los alumnos durante cuatro años en el Colegio de Chamartín de la Rosa, estudió a continuación la sagrada Teología en Oña y en Uclés y fué ordenado de sacerdote el 1893. Hizo en Loyola la tercera probación, siendo al mismo tiempo ayudante del Maestro de novicios el curso de 1895 al 1896.

Dotado de extraordinarias cualidades naturales y de una eximia virtud y prudencia, le ocupó siempre la Compañía de Jesús en cargos de gobierno: prefecto del Colegio de Valladolid y de la Universidad de Deusto, y poco después, en 1901, rector del Colegio de Valladolid, de donde pasó a serlo de Loyola en 1903, junto con el delicado cargo de Maestro de novicios.

Hizo muy importantes y acertadas reformas en la santa Casa donde San Ignacio vió la luz primera y se entregó a Dios por completo en su conversión. El 8 de septiembre de 1909 pasó a Gijón, donde residió ya la mayor parte de su vida, primero como Rector del Colegio de la Inmaculada y luego como Superior de la Residencia.

En ella dejó un recuerdo inmortal de su celo y actividad y de su encendido amor a Jesucristo: el magnífico templo al Sagrado Corazón, monumento artístico y orgullo de la industrial villa del Cantábrico; obra exclusiva suya fué, debida a su iniciativa, a su energía y tesón, a aquella confianza sin límites en la protección divina que veló, a pesar de tantas persecuciones y profanaciones, por su templo, único que quedó en pie, arrasadas hasta el suelo todas las iglesias parroquiales en el predominio marxista sobre Gijón del año 1936.

Dividida en dos desde tiempos atrás la provincia jesuítica de Castilla (Castilla y León), hubo de abandonar el P. Ibero la villa

El fundador de la Residencia, R. P. Cesáreo Ibero.



para él tan querida, donde trabajó casi veinte años y de nuevo fué Rector de Loyola y Tudela de Navarra.

Quebrantado por tantos trabajos fué al fin destinado a Bilbao, donde aún planeaba grandes obras cuando el Señor le llamó al eterno descanso.

Si grandes fueron sus dotes naturales, fué sin comparación mayor su eximia santidad, aquel fervor encendido que de sus palabras emanaba y que tan aceptos hacía sus ministerios, su ardiente devoción al Corazón divino, el celo de la salvación de las almas, su magnanimidad, aquel conjunto, en fin, de virtudes que ornaban el alma de este varón verdaderamente extraordinario "cujus memoria in benedictione est".

II. Los mártires de octubre (1934.)

P. EMILIO MARTINEZ

Nació en Ahedo de las Puebas (Burgos) el 28 de mayo de 1893 e ingresó en la Compañía de Jesús el 3 de abril de 1913. Fué alumno distinguido del colegio que la misma Compañía tiene en Tudela de Navarra, donde sobresalió por su piedad y aplicación y donde residía de tiempo atrás su familia.

Terminados en Carrión de los Condes, Burgos y Oña los largos estudios eclesiásticos, con que la Compañía de Jesús forma a sus candidatos y después de haber desempeñado varias cátedras e inspección de los alumnos en el colegio de Gijón, ordenado ya de sacerdote, fué destinado otra vez a la misma población y se especializó en la enseñanza y educación de los obreros de la fundación Revilla-gigedo.

Siempre manifestó gran amor a la clase trabajadora y aun en Lyon de Francia, donde estuvo algún tiempo ocupado en sus estudios, atendió también a los obreros españoles de aquella región; fué además muy acepto en otros ministerios sacerdotales y muy distinguido en el don de consejo.

H. JUAN BAUTISTA ARCONADA

Nació en Carrión de los Condes (Palencia) el 15 de febrero de 1890 e ingresó en la Compañía de Jesús a los 18 años de edad. Fué religioso muy observante de sus reglas, muy servicial y caritativo. Era además muy despierto y de gran actividad e ingenioso para buscar solución en todas las dificultades; fué largos años enfermero y prefecto de criados en Deusto y otras casas.

Aunque le hubiera sido muy fácil burlar la vigilancia de los rojos y regresar incólume a Gijón en octubre de 1934, no quiso hacerlo, prefiriendo acompañar al P. Martínez y defenderle ante los comités, aun previendo, como no podía menos, que esta actitud le había de costar la vida.

Ejemplo de singular fidelidad, semejante al del Beato Guillermo Saltamochio, Hermano Coadjutor que no quiso abandonar al P. Santiago Sales, mártires ambos beatificados por Pío XI.

Que el benemérito H. Arconada sea nuestro intercesor en la Compañía triunfante ante el Rey de los mártires, Cristo Jesús.

BREVE RELACION DEL MARTIRIO

Regresaban el P. Martínez y el H. Arconada de Carrión de los Condes, donde acababan, aquél de dirigir los Ejercicios a la Comunidad y éste de hacerlos, cuando el rápido de Madrid a Gijón, que salió de Palencia el 4 de octubre de 1934, se detuvo, por averías en la vía, causadas por los revolucionarios, cerca de la estación de Campomanes.

Después de algunas peripecias y sobresaltos determinaron encaminarse desde la estación de Ujo, donde a las cinco y media de la mañana se paró definitivamente el tren, a casa del generoso caballero D. Dionisio Muñiz; mas luego, por delicadeza, abandonaron tan benévola hospitalidad, pues ya los rojos comenzaban sus registros en aquella casa, y vueltos al tren, en que todavía había refugiados algunos viajeros, determinaron huir en dirección a Oviedo; a ellos se agregó D. Valentín Junquera, propietario, otro de los viajeros que se dirigían a Gijón.

Por la distancia de veintiséis kilómetros a la capital del Principado y la fatiga y extenuación, sobre todo del P. Martínez, decidieron detenerse primero en Santullano, creyéndolo menos agitado que Ujo. Cuando, carretera adelante, se hallaban ya muy próximos al pueblo, fueron detenidos por los rojos cerca del mediodía y llevados al comité revolucionario de Mieres, atestado de presos.

Después de larga espera, a eso de las dos de la tarde, el comité de Mieres determinó los llevaran al de Santullano, pues ellos tenían demasiados que juzgar.

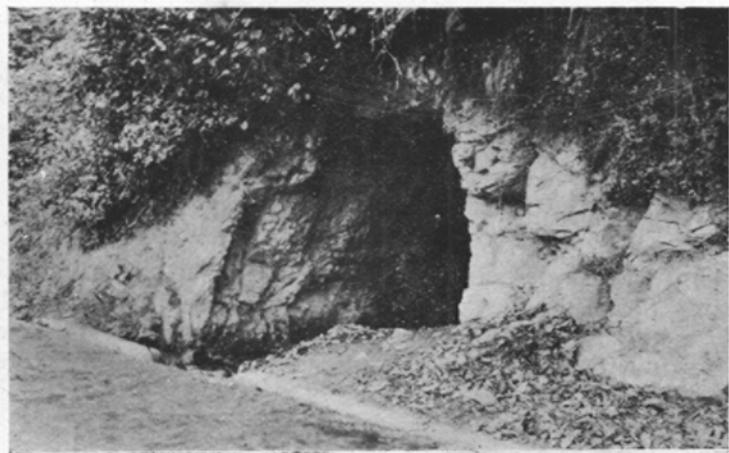
La chusma, sabiendo que eran religiosos, vociferaba y pedía los matasen en seguida; llegaron al fin, después de muchos peligros, al comité de Santullano; allí D. José Iglesias, capataz de minas, hombre muy honrado y estimado, certificó conocer al Sr. Junquera y les aseguró no era ningún fraile ni cura, y así le dejaron libre; también abogó por la libertad de los religiosos, ponderando el amor y trabajos hacia la clase obrera de los detenidos y su labor en la fundación Revilla-gigedo, pero nada consiguió: se enfurecían contra ellos y vociferaban, sobre todo las mujercuelas, y entre blasfemias y gritos los pedían para la muerte.

Así estuvieron en la Casa del Pueblo hasta que, pasadas las diez de la noche del día 7 de septiembre de 1934, los ordenaron salir y montar en una camioneta en dirección a Mieres; al llegar a medio camino los hicieron bajar y frente a la boca de una mina llamada la "Coca", en la misma carretera, los acibillaron a balazos y

se ensañaron luego en los cadáveres: ambos tenían la cara deshecha y roto el cráneo. Eran pró-



Los RR. PP. Nemesio González (en el centro), José Jáñez y Agustín Fernández (a la izquierda), Emilio Martínez y Hermano Juan Arconada (a la derecha), mártires de la Residencia de Gijón.



ximamente las once de la noche; sus cadáveres, enterrados al día siguiente en una fosa común, fueron identificados más tarde y trasladados a un hermoso panteón del mismo cementerio. Hoy reposan en el altar del Santo Cristo de la Paz del templo del Sagrado Corazón de Gijón.

Carretera de Mieres a Santullano. Boca mina llamada "La Coca", donde fueron asesinados nuestros mártires.

III. Los mártires de agosto (1936.)

P. NEMESIO GONZALEZ

NACIÓ este egregio varón, mártir de Cristo, en Sotobañado (Palencia), el 20 de diciembre de 1866, e ingresó en la Compañía de Jesús, en el Noviciado de Loyola, a los 15 años de edad.

Más de cuarenta años de su vida religiosa los pasó en Gijón, parte en el colegio de la Inmaculada como profesor e inspector de los alumnos, pero la mayoría de ellos en la Residencia.

Fué un operario de la viña del Señor incansable y activísimo, distinguiéndose en particular por sus ministerios entre los pobres y su asiduidad al confesionario. Apenas habría en Gijón buhardilla o tugurio donde no hubiera penetrado, consolando espiritual y corporalmente con sus limosnas a los menesterosos.

Entre los ministerios que practicó en la Residencia fué notable la organización e impulso que dió a la congregación de la Buena Muerte.

P. JOSE JAÑEZ

Nació en Congosto (León) el 23 de octubre de 1870 y entró en la Compañía de Jesús a los 31 años de edad, después de varios años de ejercicios de los ministerios sacerdotales en la Diócesis de Astorga.

Terminados los estudios eclesiásticos fué destinado por los Superiores a trabajar en los ministerios propios de una Residencia de la Compañía. Donde más años trabajó fué en la de Santander; a él principalmente se debió la hermosa decoración, pinturas y adornos de aquel magnífico templo.

Dotado de un don de gentes muy singular que hacía muy atractivo su trato, de gran actividad y robusta salud se entregó por completo a glorificar a Dios y llevar a Él las almas. Se distinguió, sobre todo, en la dirección del Apostolado de la

Oración y en el ministerio tan ignaciano de dar los Ejercicios espirituales a toda clase de personas y en particular a los sacerdotes.

Poco tiempo hacía que de Santander había sido trasladado a Gijón cuando estalló la guerra de liberación.

P. AGUSTIN FERNANDEZ

Nació en La Bañeza (León) el 12 de octubre de 1904, y a los 16 años ingresó en el noviciado de la Compañía de Jesús en Carrión de los Condes. Terminada la larga carrera de estudios eclesiásticos, parte de los cuales hubo de hacerlos en el destierro, en Bélgica y Entre-os-Ríos (Portugal), donde se ordenó de sacerdote,



Altar del Santo Cristo de la Paz en nuestra iglesia, donde los restos de nuestros mártires esperan la alborada de resurrección.

hizo en Braga el año de tercera probación y fué luego destinado por los Superiores a la villa de Gijón, a dirigir las congregaciones Marianas de jóvenes, donde desplegó sus singulares dotes de celo y actividad.

Grandes esperanzas había puesto en él, dados sus privilegiados talento y cualidades de operario, la Compañía de Jesús, cuando vino a tronchar en flor tan halagüeño porvenir la revolución de julio.

BREVE RELACION DEL MARTIRIO

El domingo, 19 de julio de 1936, se dispersaron los PP. y abandonaron el piso de la calle de Cabrales donde vivían.

Los PP. Nemésio y Jáñez se refugiaron en el piso de D.^a Carmen Zuláybar ;

allí estuvieron tranquilos hasta el miércoles, 22 del mismo mes, en que irrumpió una banda de milicianos comunistas a la tarde y se llevaron de malos modos y entre insultos al P. Jáñez a la Comisaría de policía, sita en Jovellanos. Quedó el P. Nemesio González, pues uno de ellos dijo: "*esi vieyin ye muy buenu con los próbes*", y advirtió a la doncella de D.^a Carmen le llevasen a donde no lo viesan, ya que podía venir otro comité que no lo conociera y se lo llevara. Buscó el Padre refugio en los otros pisos, pero no lo halló.

Poco tiempo más tarde llegó otra sección de comunistas y se lo llevó con violencia. Ambos fueron de sotana, que el P. Jáñez cambió después por vestido seglar. Al poco tiempo los llevaron a ambos al salón de la Residencia transformada en prisión, cuyos moradores aumentaban de día en día hasta llegar a ciento ochenta y cinco.

Ante la insuficiencia del local, el 11 de agosto, a las nueve de la noche, fueron sacados los presos en camionetas y llevados, entre insultos y gritos de la plebe, a la parroquial de San José.

El P. Agustín Fernández se refugió primero en casa de D. José Arias, dueño del almacén "La Sirena", pero cambió pronto de estancia y luego se buscó albergue en una casa del pueblo de Castiello. En uno de los registros, el 1.º de agosto, vieron en su aposento algunos objetos religiosos y lo condujeron a Gijón, donde un guardia municipal lo reconoció como jesuita y director de la Congregación de los jóvenes. Pasó a la prisión de la Residencia y salió con los demás a la iglesia de San José.

El día 14, al atardecer, fueron conducidos en diferentes camionetas de pescado cerradas, al cementerio de Jove y fusilados los tres Padres en compañía de otros sacerdotes y muchos seglares.

El P. Nemesio González mostró su encendido amor y estima a la vida religiosa conservando, el único entre todos, el traje talar. Sufrió por ello muchos insultos de los rojos; pero con la sotana puesta vivió, murió y fué sepultado en la fosa.

El P. Jáñez, al intimar a los presos sacerdotes que salieran, dió alegre el paso al frente y se puso en filas sabiendo a donde lo llevaban.

El P. Agustín Fernández, en la camioneta en que iba con unos treinta compañeros, animaba a todos y les exhortó a arrepentirse de sus culpas para darles la absolución. Llegados al cementerio de Jove y alineados para ser fusilados, preguntó el que hacía de jefe:

—¿Tiene alguno algo que alegar?

—Sí. ¡Viva Cristo Rey! —dijo el P. Agustín.

Fueron sus últimas palabras, porque al punto una descarga cerrada le abrió las puertas de la eternidad feliz. Inmediatamente fueron fusilados los demás.

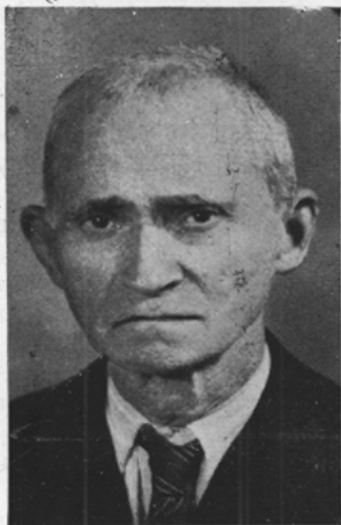
Descansen en paz y sean nuestros intercesores ante el trono del Señor.

* * *

IV. H. Angel Echevarría.

No murió fusilado, sino de un accidente, liberada ya Asturias; pero la prolongada prisión y los conatos de fusilamiento que soportó le hacen acreedor a figurar en esta necrología.

Nació el 2 de agosto de 1863 en Mendigorría (Navarra), y a los 18 años de edad ingresó en el noviciado de la Compañía de Jesús de Loyola.



El Hermano Angel Echevarría, víctima de un accidente después de largo cautiverio en nuestra iglesia.

Durante su larga vida religiosa, de 57 años cumplidos, se distinguió siempre por su piedad y recogimiento, por su trato humilde y caritativo con todos y por el empeño que siempre puso en cumplir con los diferentes oficios que los Superiores le confiaron, en especial los de portero y sastre en Palencia y Comillas durante largos años.

Apresado por los rojos y encarcelado, sufrió de ellos muy malos tratos, pues sabían que era jesuita y querían averiguar de él dónde se hallaban refugiados los demás, a quienes buscaban con saña. Jamás obtuvieron de él indicio alguno, y por eso simulaban varias veces su asesinato. Pasó más de un año en la iglesia del Sagrado Corazón y en la cárcel del Coto, hasta que al entrar triunfantes las tropas nacionales en Gijón obtuvo la apetecida libertad.

Al ver más adelante el sagrado templo, que le sirvió de prisión, lleno de fiestas celebrándose las fiestas religiosas con toda pompa y esplendor, no podía contener las lágrimas, que abundantes brotaban de sus ojos.

Siguió, a pesar de sus achaques y años, sirviendo con todo cariño y asiduidad en los oficios domésticos.

El P. Superior, Alfredo Martín, aprovechando las peregrinaciones que todos aquellos días se dirigían a Covadonga, le ordenó ir allá, donde nunca había estado, para dar gracias a la "Santina" por su liberación; aunque él no tenía muchas ganas de ir aquel día se puso por obediencia en camino, mas no pudo llegar al santuario de la Virgen. Había estado diluviando cerca de dos días y en el trayecto volcó el camión; uno de los muertos en la catástrofe fué el buen H. Echevarría.

Se encontró su cadáver con las manos plegadas en actitud de orar.

Descanse en paz tan benemérito varón y goce en la Compañía triunfante del premio de los muchos merecimientos que atesoró sirviendo a su Rey y Capitán Jesús.

ÍNDICE

	<u>PÁGINAS</u>
ANTICIPO DE GRATITUD.	3
TEMPLO Y RESIDENCIA DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS EN GIJÓN:	
I. UNA RESIDENCIA VOLANTE	6
II. UN TEMPLO COMBATIDO	12
III. UN APOSTOLADO FECUNDO.	20
IV. EL APOSTOLADO PECULIAR DE NUESTRA RESIDENCIA. .	26
V. APOSTOLADO DE LIBERACIÓN	35
VI. HOJA FINAL DE SERVICIOS	41
NECROLOGÍA:	
I. EL FUNDADOR DE LA RESIDENCIA	48
II. LOS MÁRTIRES DE OCTUBRE (1934)	49
III. LOS MÁRTIRES DE AGOSTO (1936).	51
IV. H. ANGEL ECHEVARRÍA	53

INDICE

A. M. D. G.

